

**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
UNIDAD IZTAPALAPA
DIVISIÓN DE CSH**

LICENCIATURA EN LETRAS HISPÁNICAS

***MARÍA*, UN PROYECTO DE NACIÓN CLASISTA**

CINTHYA ISABEL ROJANO CONG

ASESOR: DRA. SANDRA SILVINA LORENZANO SCHIFRIN

CIUDAD DE MÉXICO, JULIO DE 2003

LECTORES: DRA. ANA ROSA DOMENELLA AMADIO

MTRA. MARINA MARTÍNEZ ANDRADE

*En este lugar, aunque gastado,
mas nunca despreciado en mi corazón:*

*A mi mamá y a Toño,
un pequeño gesto a cambio de todo*

*A mi papá,
con todo mi cariño aquí y por siempre.*

*A J. C., acompañándome a la distancia
en las noches de trabajo.*

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	4
CONTEXTO HISTÓRICO-POLÍTICO DE <i>MARÍA</i>	7
LA CREACIÓN DEL ESTADO COLOMBIANO.....	7
EL PROYECTO DE NACIÓN EN LA NOVELA	11
LA VIDA POLÍTICA DE ISAACS	11
<i>MARÍA</i> EN EL CONTEXTO ROMÁNTICO.....	14
LA NOVELA	15
¿UNA PROPUESTA DE NACIÓN EN <i>MARÍA</i> ?	17
LA ESTRUCTURA SOCIAL	21
LA CLASE ALTA	23
FAMILIA DE EFRAÍN	23
FAMILIA DE CARLOS	31
FAMILIA DE EMIGDIO	37
LA CLASE BAJA	43
FAMILIA DE JOSÉ. LOS PEQUEÑOS PROPIETARIOS.....	43
FAMILIA DE CUSTODIO. LOS CAMPESINOS MULATOS	47
ESCLAVOS Y LIBERTOS.	51
<i>Los esclavos de la plantación</i>	52
<i>Feliciano, Juan Ángel y Estefana</i>	53
CORTICO Y LAUREÁN. LOS NEGROS BOGAS	57
LAS MUJERES	59
LA EDUCACIÓN	62
¿Y EL PROYECTO DE NACIÓN?	67
CONCLUSIÓN	73
BIBLIOGRAFÍA	74

INTRODUCCIÓN

Mi interés por el siglo XIX hispanoamericano se funda en cierto ánimo contestatario hacia la opinión de un sector de mis compañeros que la tachaban de insulsa y poco profunda, en especial cuando la trama giraba en torno a un tema sentimental. Me parece que contrariamente a lo que piensan, ni se ha dicho todo acerca de ella, ni carece de elementos dignos para su estudio. Una de las líneas de investigación se ocupa de lo que se denomina “novelas fundacionales” que, en mayor o menor medida, proponen por medio de la ficción un proyecto de nación. A principios del XIX la mayoría de los pueblos hispanoamericanos logra su independencia, en este momento, lejos del yugo europeo, se vuelve esencial establecer los elementos necesarios para unificar, identificar y, en una palabra, conformar la reciente nación. Para “construirla”, es decir, unificarla en todas sus “fronteras” geográficas y sociales, se necesitaba elaborar un aparato jurídico (dictar leyes y constituciones), religioso, educativo, económico, lingüístico y cultural, por mencionar una parte, sobre lo cual debía conformarse una identidad nacional.

En éste, que también es el primer momento literario de los pueblos hispanoamericanos, resulta de vital importancia el trabajo del escritor quien, en muchas ocasiones, reinventa y difunde con la literatura el imaginario simbólico del país:

Algunos letrados de nuestra América entendieron que junto a la escritura fundacional del discurso jurídico debían establecer otra que dibujara el imaginario poético de sus respectivas comunidades. Dotar a la incipiente imaginación nacional de un discurso poético era contribuir a consolidar el proyecto de país¹.

Siendo que muchos hombres de letras realizaron al mismo tiempo un papel dentro del aparato estatal, podemos afirmar que la figura del escritor-político tuvo un papel fundamental en este momento de regeneración nacional².

Ahora, ¿y por qué *María*? Mucho se ha dicho acerca de su indudable romanticismo. A primera vista parece no contar nada más que una historia amorosa, desarrollada dentro de un ambiente idílico, y que en la línea de sus predecesoras europeas románticas (*Atala* de

¹ HUGO ACHUGAR, “Parnasos fundacionales, letra, nación y Estado en el siglo XIX” en *Revista Iberoamericana*, Rutgers University, núms. 178-179, vol. LXIII, enero-junio, 1997, p. 18.

² EMILIO CARILLA dice que: “Abundan, así; en América (con mayor frecuencia que en Europa) los casos del escritor político o político escritor; escritor y político que identifica vida y prédica”. *El Romanticismo en la América Hispánica*, 3ª edición revisada y aumentada, Gredos, Madrid, 1975, t. I [Biblioteca Románica Hispánica, Estudios y Ensayos, 40], p. 22-23.

Chateaubriand y *Pablo y Virginia* de Saint-Pierre³), tiene un final funesto. También podemos agregar que innova temáticamente presentándonos una historia similar a las europeas, pero con un tinte que refleja el aspecto social y lingüístico de la Colombia de su época (colonos, mulatos, negros, etcétera).

Mónica Ayala opina que *María* es una novela que no enfatiza “conflictos sociales, raciales ni económicos, no obstante la realidad política colombiana que vivió Isaacs estuvo marcada por luchas políticas terribles y por constantes guerras civiles”⁴. Doris Sommer piensa que la novela es una “ficción fundante”, ésta “en la medida en que, a través de identidades e historia personales y familiares, crean identidades nacionales”⁵. Me parece que si *María* aparece hasta cierto punto “anormal” respecto a otras como *El matadero* de Esteban Echeverría (1839), *Amalia* de José Mármol (1851) o *Aves sin nido* (1889) de Clorinda Matto de Turner, porque no tiene un tono contestatario y de denuncia, sí tiene un trasfondo social, y es factible pensar que dentro de la sociedad mostrada se asomen problemáticas que relacionen lo social con un proyecto político, o más bien, con un proyecto de nación.

El periodo que rodeó la escritura de *María* fue de constantes luchas internas. Para el propio Isaacs fue uno de sus momentos más difíciles, pues mientras escribía la novela trabajaba en la construcción de la carretera cerca del río Dagua, lugar hostil y peligroso, según le relata Isaacs a un amigo en una carta cuando era diputado de Cámara:

Noches de soledad y silencio; cuanto menos tristes eran las que paso aquí. Cansado el cuerpo por la fatiga del día, pero fuerte el alma, oía recostado en la hamaca el rumor de los vientos en los palmares que me circundaban, y el sollozo de las corrientes a mis pies [...] Estas paredes me ahogan: el desierto con sus reptiles y sus fieras, el desierto con su pompa salvaje, vale más para mí que un palacio con sus galas y sus voluptuosidades inventadas por los sibaritas gastados y aplaudidos por la vanidad. [...] esta vida de ciudad afemina, degrada, empequeñece. ¡Cómo se sueña en medio de nuestras nativas selvas! ¡Cómo tiembla de amor nuestra alma, lejos de los hombres y sola en presencia de Dios y su poder! ¡Cuánto se ama,

³ De *Atala* se ha sugerido su similitud con el episodio de Nay y Sinar, pues en ella la protagonista del mismo nombre crece en un continente exótico y pagano, conoce a Chactas, prisionero de su padre adoptivo, de quien se enamora, y ante el peligro de que Chactas muriera en sacrificio él y Atala deciden escapar. Aunque se resalta la conversión al cristianismo de los amantes y la virtud que en ello radica, la amada muere y el dolido Chactas le llora tristemente. Por lo que a *Pablo y Virginia* se refiere ésta trata de los amores surgidos en la infancia entre dos jóvenes criados como hermanos. Cuando deciden casarse los padres (o tutores) deciden aplazar la boda argumentando un viaje de estudios. Entre premoniciones que terminan realizándose, muere Virginia en un naufragio, y Pablo a causa de la tristeza cae enfermo, pero finalmente también muere extrañando a su amada. Argumento en muchos aspectos similar a la historia de *María*.

⁴ MÓNICA AYALA, “María: ¿una trágica novela histórica? en *IX Congreso de la Asociación de Colombianistas. Colombia en el contexto latinoamericano*, Santafé de Bogotá, 1995, p. 221.

⁵ Doris Sommer, cit. por. MÓNICA AYALA, *ibid.*, p. 223.

cuan dulces son los recuerdos de los días felices a la sombra de los sotos de la casa paterna!⁶.

Hay que aceptar lo extraño que resulta el que frente a esas dificultades Isaacs nos muestre una novela que pareciera enajenarse intencionalmente de la realidad. En este sentido es posible postular que esta “evasión” sea un modo del cual se sirve el escritor para presentarnos una propuesta de sociedad. Y mi intención es detectar cómo funcionan los mecanismos dentro de la novela que, con base en este sistema clasista, apoyan una propuesta de nación.

⁶ GERMÁN ARCINIEGAS, *Genio y figura, de Jorge Isaacs*, Universidad de Buenos Aires, Argentina, 1967 (Colección Genio y Figura), p. 37.

CONTEXTO HISTÓRICO-POLÍTICO DE *MARÍA*

LA CREACIÓN DEL ESTADO COLOMBIANO

La escritura de *María* (1864-1866) estuvo rodeada de un periodo de enorme efervescencia política. A mediados del siglo XIX surgieron dos partidos: el liberal y el conservador⁷, bandos principales que definieron las posturas políticas de la nación colombiana. Cuando los pueblos hispanos lograron su independencia, lejos ya del dominio europeo, la dirección política de la nueva nación quedó en manos de las aristocracias criollas⁸. La clase dominante de Colombia acaparaba dos grupos políticos: comerciantes y terratenientes. Aunque a grandes rasgos se relaciona a los comerciantes con la política liberal y a los hacendados esclavistas con el conservadurismo⁹ (la Iglesia por beneficio propio se insertó dentro del grupo conservador), resulta complejo diferenciar entre estos dos grupos, y más aún polarizarlos políticamente, pues como bien apunta Frank Safford “La realidad es que casi todos —de ambos partidos— eran terratenientes, en el sentido de que eran dueños de al menos una hacienda. Además los mismos hombres muchas veces ejercían el comercio”¹⁰. Teniendo esto en cuenta podemos agregar algunas características que a grandes rasgos proponía cada grupo. Entre las principales ideas liberales estaban la abolición de la esclavitud, la libertad religiosa, el librecambismo, la educación laica, la desamortización de bienes eclesiásticos y el sufragio universal. Los conservadores, por el contrario, veían con recelo las ideas del librecambio al igual que la abolición de la esclavitud, —en tanto que su principal mano de obra provenía del sistema esclavista—, además apoyaban la posición dominante de la Iglesia, el voto restringido y el centralismo, entre otras cosas. Pero como

⁷ En 1848 Ezequiel Rojas redactó el programa liberal y en 1849 Mariano Ospina Rodríguez y José Eusebio Caro escribieron el programa del partido conservador como respuesta al programa liberal aparecido un año antes.

⁸ En teoría su tarea reside en “(a) concebir y formular una ideología «nacional» capaz de expresar los intereses de *todas las clases sociales conscientes* que participaron en el movimiento de Independencia y de aglutinarlas en torno a un proyecto político y social viable, y (b), reestructurar el estado o sea generar una organización jurídico-política republicana por medio de la cual sea posible extender el dominio sobre toda la sociedad y dirigir políticamente la «nación»”. MARCO PALACIOS, *Estado y clases sociales en Colombia*, Procultura, Bogotá-Colombia, 1986 (Serie Breve, Nueva Biblioteca Colombiana de Cultura), p. 90.

⁹ “En la historiografía colombiana [...] no existe ningún estudio satisfactorio sobre las formaciones y prácticas ideológicas, y su correspondencia con las coyunturas políticas. Naturalmente se acepta la existencia de nexos causales entre la posición de clase de los grandes comerciantes importadores-exportadores y los hacendados cafeteros con el liberalismo económico”. PALACIOS, *ibid.*, p. 129.

¹⁰ FRANK SAFFORD, *Aspectos del siglo XIX en Colombia*, Hombre Nuevo, Colombia, 1977, p. 227.

se dijo estas posturas deben verse con poca rigidez, pues los liberales podían ser latifundistas o apoyar a la iglesia y no todos los conservadores eran terratenientes o “pro-esclavistas”.

El periodo que va de 1849 a 1885 (bajo el gobierno de José Hilario López) puede considerarse de la hegemonía liberal,

excluyendo el gobierno bipartidista de Manuel María Mallarino (1855-1857) y el gobierno de Mariano Ospina Rodríguez (1857-1861), el último de los cuales si bien fue hecho a nombre del partido conservador y con exclusión burocrática de sus contrarios, adoptó gran parte de los postulados liberales entonces en boga¹¹.

A partir de aquí el enfrentamiento entre estos dos grupos fue continuo y propició numerosas guerras internas que duraron hasta principios del siglo XX, como la guerra de 1851 donde se comenzaron a perfilar los dos bandos políticos mencionados.

En el aspecto constitucional, en 1850 se suprimieron los impuestos sobre la hacienda y el cultivo del tabaco, con lo cual la Iglesia perdió sus ganancias sobre los gravámenes agrícolas, y una de sus principales entradas¹². Así mismo se facultó a cada provincia para eliminar los impuestos que considerara necesarios, al tiempo que comenzaron a recibir parte de los impuestos que recibía el Estado central¹³.

A nombre de los esclavos e indígenas se llevaron a cabo disputas y discursos de igualdad, el logro más importante en este sentido fue la abolición de la esclavitud en 1851, pero en la práctica a estas clases se les continuó descalificando para ocupar cargos de poder: “su actuación se vio limitada a servir como leva en los ejércitos liberales o conservadores”¹⁴. Por otro lado el logro ocasionó enfrentamientos con los esclavistas del occidente del país quienes, por obvias razones, se opusieron a las medidas abolicionistas¹⁵.

¹¹ V. ÁLVARO TIRADO MEJÍA, “El Estado y la política en el siglo XIX” en *Manual de Historia de Colombia*, ed. de J. G. Cobo Borda y Santiago Mutis Durán, Biblioteca Colombiana de Cultura, Colombia, 1979, t. II, p. 344.

¹² “atrás los diezmos que gravaban la producción agrícola y que eran base de sustentación de otra institución cuyas funciones también había que adecuar: la iglesia”. TIRADO, *ibid.*, p. 346.

¹³ Cabe mencionar que durante la Colonia los excedentes económicos iban a parar a manos de “un poder real unificador de la explotación, y las clases que controlaron el Estado, aparte de ciertos propósitos como la liberación de España, no tenían una coherencia nacional. El ejercicio de su dominación no iba más allá del ámbito regional y estaba denotado por éste en cuanto a las formas de explotación: regiones esclavistas, productoras de manufacturas, con bienes de la Iglesia o sin ellos para expropiar, etc.”. E independientemente del debilitamiento del Estado que esto significaba se le reformaba fiscalmente al tener que depender de los impuestos de los ciudadanos y de la renta de aduanas. *Ibid.*, p. 346.

¹⁴ *Ibid.*, p. 341.

¹⁵ *Ibid.*, p. 368.

En la Constitución de 1853 (y posteriormente en la de 1863) se aplicaron una serie de reformas que limitaron el poder presidencial, y abrieron la puerta al federalismo, con lo que cada región pudo adecuar la legislación de acuerdo a sus propias necesidades (además de Constitución Nacional, había constituciones de los Estados Federales y constituciones provinciales). También se estableció la edad de 21 años en los varones para el sufragio universal y la elección por medio de la votación del presidente, vicepresidente y los magistrados de la Corte Suprema de Justicia, independientemente de las elecciones particulares en cada provincia. En ese año fue elegido presidente el general José María Obando quien sancionó esta constitución por limitar sus poderes, pero fue destituido en un golpe de Estado por el general José María Melo en 1854. apoyado por los artesanos y otros sectores populares. Poco después los generales Herrán, Mosquera, López y Herrera se enfrentaron a la dictadura de Melo y también lo destituyen. Este mismo año el partido liberal se ve fragmentado, que hasta ese momento había contado con el apoyo de los sectores populares, por querer implantar el libre cambio y suprimir los aranceles proteccionistas, con lo cual el partido se dividió en dos grupos: los “gólgotas”, conformado por comerciantes, abogados y tribunales; y la fracción “draconiana”, integrada por los sectores populares y artesanos que pugnaban por mantener las tarifas proteccionistas¹⁶.

En 1858 se dictó una nueva constitución que le prohibía al gobierno la intervención en asuntos religiosos (lo que implicaba separar la Iglesia del Estado), en el comercio de armas y municiones o en la imposición de impuestos sobre el comercio exterior. Entre 1859 y 1862 se desencadenó otra guerra contra el gobierno central, ésta encabezada por Tomás Cipriano de Mosquera, en ese entonces presidente del Estado del Cauca. Mosquera, quien primero había participado en la fracción conservadora, se alió con los liberales en 1860 ganando la presidencia por tres ocasiones: 1860-1863, 1863-1864 y 1866-1867¹⁷. Y fue él quien en 1861 promulgó la desamortización de los bienes eclesiásticos o “de manos muertas”.

En 1863, la constitución conocida como la de Rionegro denominaba a Colombia como los “Estados Unidos de Colombia”, conformándose entonces por nueve “Estados Soberanos”: Antioquia, Bolívar, Boyacá, Cauca, Cundinamarca, Magdalena, Panamá, Santander y Tolima. Y resalta Álvaro Tirado Mejía que durante el tiempo que estuvo vigente esta constitución se

¹⁶ *Ibid.*, p. 369.

¹⁷ *Ibid.*, p. 371.

produjeron cerca de cuarenta rebeliones y levantamientos, además de una guerra nacional (1876-1877)¹⁸.

En el aspecto religioso los liberales, lejos de ser ateos como solía decirse debido a su adhesión al laicismo, pugnaban en su mayoría por un “cristianismo puro y primitivo” donde se eliminaran las ostentosas del culto, tal como lo expresaron en el periódico liberal *El nacional* en 1866: “Han debido extinguirse las comunidades religiosas, por la sencilla razón de que ellas han venido a ser inútiles a la sociedad. Diré más: creo que tal como ellas existen entre nosotros, habían venido a ser perniciosas”¹⁹.

Con la guerra civil de 1885 quedó sepultado el proyecto liberal y entramos al periodo conocido como Regeneración de 1886 hasta 1899²⁰; donde Miguel Antonio Caro, siendo presidente y un importante gramático de la época, impuso un proyecto de nación basado en un programa político, católico y lingüístico. Caro opinaba que hacer la defensa del “buen lenguaje” era, teniendo como agente civilizador el pensamiento católico, una forma de evitar la barbarie²¹. Y como modelo de ese “buen lenguaje” tenía en mente el español de España; proyecto evidentemente excluyente del indígena, y bastante desacertado, pues poco tenía que ver con la realidad hispanoamericana donde el mestizaje abarcó también lo lingüístico, derivando en una riqueza de regionalismos y localismos, variedades que son resultado también de la configuración de un lenguaje propio y nacional²².

¹⁸ *Ibid.*, p. 372.

¹⁹ Tirado Mejía apunta la semejanza de esta postura con la presentada por Víctor Hugo, quien también propugnaba por un cristianismo menos pomposo, al escribir en *Los miserables*: “cuando en una nación abundan los monasterios son otros tantos muros que obstruyen la circulación, establecimientos que estorban. Centros de pereza, allí donde se necesitan centros de trabajo”. Cit. por TIRADO, *ibid.*, p. 364.

²⁰ MARCO PALACIOS dice que durante este periodo “reaparece bajo una forma constitucionalista y civilista, la añeja formulación autoritaria, católica e intolerante que pretende unificar la nación, *desde arriba*; que no busca ampliar la participación de las masas, sino restringirla severamente; que expresa intereses populares en la medida en que el catolicismo de las mayorías es un instrumento ideológico que garantiza el conformismo social”. *Op. cit.*, pp. 129-130.

²¹ Dice ERNA VON DER WALDE URIBE que uno de los puntos en los que insistía Caro en su discurso leído frente a la Academia Colombiana de la Lengua en 1881 era que: “El uso correcto de la lengua remite no sólo al orden gramatical. En la lengua se consigna el orden divino, la moral y por tanto la conducción de los pueblos”. (“Del uso en sus relaciones con el lenguaje”, *Estudios de crítica literaria y gramatical*). “Limpia, fija y da esplendor: el letrado y la letra en Colombia a fines del siglo XIX” en *Revista Iberoamericana*, Rutgers University, núms. 178-179, vol. LXIII, enero-junio, 1997, p. 77.

²² “El español de España que tanto defiende será para Caro realmente una lengua registrada en libros, no la lengua que oye a su alrededor [...] establece un castellano como norma que no es hablada ni por él mismo”. WALDE, *ibid.*, p. 79.

EL PROYECTO DE NACIÓN EN LA NOVELA

LA VIDA POLÍTICA DE ISAACS

Definir la ideología política de Isaacs, especialmente antes de *María*, no es trabajo fácil. Esto se debe en parte al escaso número de documentos de parte del autor, y a que antes de escribir *María* Jorge Isaacs formaba parte del lado conservador, y poco después de la publicación de la novela se alió con el partido liberal; pero como se mencionó antes, la afiliación política no es suficiente para delimitar el nivel de compromiso o identificación con un determinado partido político.

Jorge Isaacs (1837-1895), proveniente de una familia acomodada, estudió de 1848 a 1852, según Germán Arciniegas, en colegios donde enseñaban los radicales²³. A su regreso estalló la guerra (1854) y como en esos tiempos era habitual que la educación colombiana se hiciera “la mitad en la escuela la mitad en la guerra”²⁴, seguramente significó una oportunidad que el mismo Isaacs no pudo desaprovechar, fungiendo en ella como abanderado²⁵ al lado del general Tejada, cuando éste último aún era conservador. No parece haber datos de si en ese entonces el escritor simpatizaba con el general o con el conservadurismo, pero se sabe que su padre había participado dentro de la política colombiana, militando como conservador desde 1840, y desempeñándose

²³ “Primero fue al Colegio del Espíritu Santo. Luego al de San Buenaventura. Por último, al de San Bartolomé [...]. Es cierto que en esos colegios enseñaban los radicales. Pero más santos no podían ser los nombres”. ARCINIEGAS, *op. cit.*, p.18. El radicalismo se caracterizó por ser la fracción revolucionaria del liberalismo que proponía “libertades absolutas, federalismo, separación de las dos potestades, fe en la razón y en el progreso, papel supletorio del Estado en el proceso económico”, entre otras cosas; pero su defecto era que muchas de las propuestas resultaban irrealizables en la práctica. V. GERARDO MOLINA, *Las ideas liberales en Colombia, 1849-1914*, 7ª edición, Tercer Mundo, Bogotá-Colombia, 1979, p. 121.

²⁴ ARCINIEGAS, *ibid.*, p. 18.

²⁵ También hay que ver que en estas guerras las jerarquías militares generalmente estaban relacionadas con la posición social, es decir que los puestos importantes estaban al mando de personajes de alto rango social y con poder económico, en cambio los pobres tenían que conformarse con llenar la infantería —y es significativo que Isaacs estuviera como abanderado en su primera batalla—. Como eran las clases adineradas las que, por medio de esas batallas buscaban mantener y defender sus derechos de clase, legitimaban su causa, pero les resultaban incomprensibles los motivos que orillarían a los pobres a enrolarse (que suponían no tenían nada que perder o ganar): “la organización de la guerra era una réplica de las jerarquías de la sociedad en la cual se desenvolvía. Al decir de uno de los generales de la guerra de 1885, esta circunstancia permitía también que, a diferencia de los desposeídos, que se enrolaban en la guerra por “motivos oscuros”, los poseedores de fortuna lo hicieran por los “nobles fines” de la política”. GONZALO SÁNCHEZ GÓMEZ, *Guerra y política en la sociedad colombiana*, El Áncora Editores, Bogotá, 1991, p. 21.

como gobernador de la Provincia, jefe político del cantón de Palmira y Cabildante de la ciudad²⁶. No obstante, para la época resulta viable pensar que la postura política tuviera cierto carácter hereditario:

generalmente las personas son liberales o conservadoras por tradición familiar, lo cual ha dado lugar no sólo a familias de un solo partido, sino aún a comunidades enteras liberales o conservadoras. En virtud de la dinámica pasional de lucha partidista, no sólo se ha heredado la filiación política sino también el odio hacia los miembros del partido contrario.²⁷

En 1854 Isaacs hizo campaña militar contra la dictadura de Melo y en 1860 luchó contra la dictadura de Mosquera, quien para entonces se había cambiado al liberalismo (lo cual parece haber sido bastante común en la época, pues el mismo Isaacs pasó de conservador a liberal en 1869). En 1861 vio frustrados sus sueños de estudiar medicina en Europa a causa de la muerte de su padre, quien le hereda cuantiosas deudas y las riendas de un negocio que no le interesaba realmente. Sin más remedio, y también sin mucho éxito, tomó las riendas del negocio familiar. En 1863 José María Vergara y Vergara lo introdujo en la tertulia literaria *El Mosaico*, donde obtuvo su primer logro que le valió la publicación de su primer libro de poesías, patrocinado también por *El Mosaico*. Fue nombrado por Mosquera subinspector de trabajos en la apertura de la carretera del Dagua en 1864, y es en su estancia en el campamento de “La víbora” donde comienza la escritura de *María*. Gravemente enfermo se traslada a Cali donde concluye la novela (1866), la cual fue leída frente a *El Mosaico*, y se publicó al año siguiente.

En 1868 dirigió el periódico conservador *La República*. Un año después, y a dos de la publicación de *María*, fue cuando abandonó el partido conservador y se declaró liberal, acción que le acarreó muchas enemistades. Ya en 1866 se le había echado en cara en el Congreso su simpatía hacia el partido, a lo que contestó: “Sí, he pasado de las sombras a la luz”. Y según palabras del mismo Isaacs, ya desde ese entonces había notado cierta afinidad hacia las políticas liberales, como relata ocho años después en una carta a los señores Ramírez y Rivera (1874):

Cuando redacté *La República* —dice— creía aún posible poner de todo en todo a la fracción avanzada del partido conservador al servicio de la república democrática. En 1868 y 1869, siendo diputado al congreso nacional, obtuve el doloroso desengaño y empecé a ser

²⁶ ALONSO VALENCIA LLANO, “La agitada vida política de Jorge Isaacs” en *Revista Credencial Historia*, Bogotá-Colombia, edición 64, abril, 1995, [citado en febrero del 2003]. Disponible en Internet: <http://www.lablaa.org/blaavirtual/credencial/hji1.htm>.

²⁷ VÍCTOR M. RINCÓN, *Manual de Historia política y social de Colombia*, Mundo Andino, Bogotá-Colombia, 1973, pp. 77-78.

víctima de la demagogia ultramontana y de la oligarquía conservadora. Se me había educado republicano y resulté ser soldado insurgente en las filas del partido conservador. Ahora puedo explicarme eso satisfactoriamente²⁸.

A partir de aquí se convirtió en un acérrimo caudillo liberal. En 1869-1870, mientras Paraguay atravesaba por una encarnizada guerra, Isaacs fungía como Secretario de la Cámara de Representantes y decidió firmar una ley en la cual declaraba colombianos a todos los paraguayos, acto noble y visiblemente generoso de su parte. En 1875 fue nombrado Superintendente de Instrucción Pública en el Cauca, a cuyo cargo instauró importantes reformas en el campo de la educación, entre ellas la fundación de las primeras escuelas nocturnas para obreros y la defensa de la educación laica. Un año después presidió el periódico *El Escolar*, se dice que redactó el mejor código de instrucción pública en aquel tiempo, y dirigió junto con su primo Cesar Conto, en ese entonces Presidente del Cauca, *El Programa Liberal* del movimiento radical. El asunto del laicismo en la educación planteó grandes conflictos político-ideológicos, principalmente con la Iglesia que lo acusó de ateo y de atentar contra el cristianismo, pues tanto ella como el grupo conservador trató de desacreditar el proyecto educativo liberal haciendo creer que “la escuela laica era una escuela sin Dios y contra Dios”²⁹. En 1878 mientras estaba en el Congreso atacó ferozmente una propuesta del Presidente Trujillo que solicitaba la concesión de rentas al clero y el indulto a los sacerdotes expulsados en la guerra civil de 1876, y dos años después fue nombrado Secretario de Gobierno, momento en el cual adoptó la defensa por los derechos de los indígenas³⁰.

En 1880 emprendió una acción aventurada al encabezar la revolución radical de Antioquia: derrocó al gobierno y se proclamó jefe civil y militar, pero a los pocos meses se vio obligado a renunciar. Se retiró a Ibagué y publicó *La revolución radical en Antioquia*, donde explicaba sus motivos para levantarse en armas contra el gobierno. Es expulsado del Congreso, pero un año después obtuvo el cargo de Secretario en una comisión científica en el Magdalena. En el cargo hizo importantes descubrimientos que publicó en 1884 bajo el título de *Estudio sobre las tribus*

²⁸ “Cartas” de JORGE ISAACS en “La autobiografía en la literatura colombiana”, sel. y notas de Vicente Pérez Silva, en *Noticias Culturales*, Instituto Caro y Cuervo, Bogotá-Colombia, núm. 137, 1º de junio de 1972, p. 16.

²⁹ MOLINA, *op. cit.*, p. 119.

³⁰ Tal como nos dice ARCINIEGAS: “Un día llegan unos indígenas ante el Presidente del Estado. Quieren formular su queja porque se les ha despojado de sus tierras [...] Isaacs se pone abiertamente del lado de los indígenas. Se dirige a las autoridades que de él dependen para recordarles que el partido liberal, libertador en toda la nación de los esclavos de raza africana, hace también libres a las gentes de raza indígena. No protegerlas y educarlas sería como ceder, dice, a la represión feudal de que ha sido víctima esa raza. Si los nuevos propietarios de las fincas pretenden exigir de los indígenas el cumplimiento de contratos que son cartas de servidumbre, hay que cerrarles el paso”. *Op. cit.*, p. 54.

indígenas del Magdalena, texto etnográfico (cuyas aportaciones siguen teniendo vigencia actualmente), que contiene apuntes y descripciones de valor histórico, antropológico y geográfico. Como el estudio contenía enunciados tomados de conversaciones en lengua indígena tales como: “*Ta chekin tain puná pía* — Me gusta que estés cerca de mí”, o “*Anáschón mai pía jierka* — Tú eres muy bonita”³¹, el estudio le valió la enemistad de Miguel Antonio Caro (destacado gramático y presidente conservador desde 1886) —y de quien se cuenta había corregido las pruebas de imprenta de las dos primeras ediciones de *María*³²—, quien estaba acostumbrado “a que el acercamiento a los indios se hiciera traduciendo las sentencias del Credo y enseñándoles el padrenuestro”³³. Caro, además de contemplar el lenguaje, durante su gobierno reorganizó de nuevo la educación de acuerdo con el catolicismo.

Se sabe que en 1894, un año antes de su muerte, Isaacs estaba buscando información para dos novelas suyas: *Fania* y *Alma Negra* (o *Camilo*), mismas que no logró concluir y de las que no se encuentran los borradores. Con ellas se dice que Isaacs buscaba presentar desde una perspectiva histórica el triunfo del radicalismo en los comienzos de la república³⁴. En *María* está ausente el tipo de visión y “compromiso” histórico de otras novelas románticas hispanoamericanas como *Amalia* de José Mármol, por mencionar un ejemplo, y quizás de haber podido terminar Isaacs sus dos novelas —y si lo que se dice de ellas es cierto—, tendríamos posiblemente una perspectiva opuesta a *María*, en el sentido de que ésta no tiene el mismo enfoque histórico.

MARÍA EN EL CONTEXTO ROMÁNTICO

El Romanticismo hispanoamericano coincidió con la mayoría de los movimientos independentistas. Durante este periodo recae en los criollos, la nueva clase dirigente, y

³¹ *Ibid.*, p. 63.

³² RICARDO RODRÍGUEZ MORALES, “Jorge Isaacs (1837-1895), mucho más que un novelista, en *Revista Credencial Historia*, Bogotá-Colombia, edición 64, abril, 1995 [citado en abril del 2003]. Disponible en Internet: <http://www.lablaa.org/blaavirtual/credencial/hji.htm>.

³³ ARCINIEGAS, *op. cit.*, p. 73.

³⁴ *Ibid.*, p. 82.

particularmente en los hombres de letras³⁵, la tarea de instaurar un proyecto político y social viable que conjunte de alguna forma los ideales de su sociedad. La ideología nacional requiere fundar un organismo jurídico que regule políticamente a la reciente nación y de un imaginario poético³⁶ que contribuya a consolidar simbólicamente ese proyecto. Dentro de ese imaginario se encontraban los compendios poéticos o “parnasos”³⁷, generalmente conocidos bajo el nombre de “liras”, “flores”, “guirnaldas”, por mencionar algunos de sus nombres; y novelas que re-creaban las hazañas históricas, algunas de ellas reconocidas por el mismo régimen como historias “oficiales”, entre ellas *Venezuela heroica* (1881 y 1883) y *Zárate* (1882) del venezolano Eduardo Blanco³⁸, por mencionar un ejemplo.

Muchas de las novelas del s. XIX abordaron aspectos de la problemática nacional, entre ellas, algunas de las más conocidas como *Amalia* de José Mármol, *El Matadero* de Esteban Echeverría, *Sab* de Gertrudis Gómez de Avellaneda y *Aves sin nido* de Clorinda Matto de Turner. En el caso de *María*, que se ha percibido como una novela que desarrolla simplemente una desventurada historia de amor, hay un trasfondo social que, aunque no es la denuncia directa y encarnizada de las otras, interpreta una propuesta sobre la cuál se debe erigir la nación.

LA NOVELA

*María*³⁹ es la historia de un amor trágico. Cuando Salomón, judío comerciante, cae en una profunda depresión a causa de la muerte de su esposa, acuerda con un primo en darle a su hija Ester en adopción. Así mismo, conviene en que se haga bautizar la niña, se le cambie el nombre

³⁵ Decía Pedro Henríquez Ureña que “De 1810 a 1880 cada criollo distinguido es triple: hombre de estado, hombre de profesión, hombre de letras. Y a esos hombres múltiples les debemos la mayor parte de nuestras cosas mejores. Después la política ha ido pasando a manos de especialistas...”. Cit. por CARILLA, *op. cit.*, t. I, pp. 21-22.

³⁶ V. ACHUGAR, art. cit.

³⁷ ACHUGAR define como “parnasos fundacionales” a las primeras antologías poéticas de carácter nacional que precedieron a la independencia, *ibid.*, p. 14.

³⁸ De estos dos ejemplos dice BEATRIZ GONZÁLES STEPHAN que junto con otras prácticas sociales del guzmanato en Venezuela contribuyeron a dar el efecto necesario de “profundidad histórica de la nación y un horizonte socio-espacial para la vida civil del ciudadano”. *Entre caballeros y bandidos: Fundación del imaginario nacional. (El caso de Eduardo Blanco y la Venezuela del siglo XIX)*, Colegio de México, [papel de trabajo-facsímil], p. 4.

³⁹ JORGE ISAACS, *María*, ed. de Donald McGrady, 1ª reimpresión de la 1ª ed., Rei, México, 1993. Para todas las referencias a la novela utilizo la misma edición.

por el de María, y que sea educada conforme a los preceptos de la religión de su primo: el cristianismo. La nueva familia recibe a la niña con gusto y la cría como a uno más de sus hijos. Su nuevo hogar, una hacienda ubicada en el Valle del Cauca rodeada de paisajes exquisitos, es el lugar donde crecen y se enamoran María y Efraín, primo de ella.

Efraín siendo aún niño tiene que abandonar la casa paterna para iniciar sus estudios en la ciudad. A su regreso, contando con veinte años, revive su amor por María, y poco a poco, entre recatados galanteos, se irán declarando su amor. Repentinamente María es aquejada por un extraño mal, el doctor asegura que se trata de un síncope epiléptico provocado por nuevas emociones en ella. Para evitar que María muera de la misma enfermedad que su madre, Efraín es forzado por el padre a distanciar su trato hacia ella, y bajo la promesa de matrimonio lo obligan a separarse de ella al ser enviado a estudiar a Europa. Desde el comienzo de la narración las apariciones de un ave negra irán sugiriendo la posibilidad de un suceso funesto. Finalmente Efraín parte, pero un año después recibe una carta de su padre instándolo a regresar diciéndole que María se encontraba gravemente enferma, él apresuradamente regresa al valle pero a pesar de sus esfuerzos no logra llegar a tiempo y sólo alcanza a llorarla en su tumba.

Durante los pocos meses que dura la estancia de Efraín, se van presentando una comparsa de nuevas familias y personajes de distintos niveles sociales entre las visitas que les hace el protagonista, generalmente acompañado de su fiel perro Mayo. Ahí están los hacendados: su amigo Carlos, vecino y compañero de estudios en Bogotá, y su padre don Jerónimo. Emigdio y su familia, también vecinos, que se dedican exclusivamente a cuidar del ganado y otras labores de su hacienda. Del otro lado están los personajes que sobreviven de su trabajo diario: José y su familia, o los colonos antioqueños, quienes poseen una pequeña granja y una huerta. La familia de Custodio, mulatos y pequeños campesinos. Los esclavos de la plantación, de los que resaltan Bruno y Remigia, la pareja de recién casados, y otros personajes individuales como Juan Ángel. Y por último la pareja de negros bogas que Efraín conoce en su viaje de regreso cerca del Dagua.

Un rasgo que se ha resaltado es la correspondencia entre el estado anímico del protagonista Efraín y la naturaleza, pues cuando se muestra alegre el paisaje parece identificarse con él "...las aves cantaban revoloteando en los follajes de los naranjos y pomarrosos, y los azahares llenaron mi estancia con su aroma tan luego como entreabrí la puerta. La voz de María llegó entonces a mis oídos dulce y pura..." (p. 58); y por el contrario, cuando su ánimo es pesimista la naturaleza también lo parecerá: "... los rosales y los follajes de los árboles del huerto parecían temer las

primeras brisas que vendrían a derramar el rocío que brillaba en sus hojas y flores. Todo me pareció triste” (p. 69).

Otro de los aspectos interesantes es la complejidad del yo narrativo —donde el narrador es el mismo Efraín— que integra elementos autobiográficos del autor, y podría llegar a funcionar como una especie de alter-ego suyo. Además, la novela es narrada desde un momento posterior a los acontecimientos, es decir en retrospectiva, y aunque muchas veces el narrador intenta ocultar su omnisciencia sugiriendo la posibilidad de sucesos inesperados y desconocidos por él, no evita transmitir su conocimiento total de los hechos, principalmente en lo que se refiere a los acontecimientos que le resultan dolorosos (“¡María! ¡Cuánto te amé! ¡Cuánto te amara!...”, p. 64).

¿UNA PROPUESTA DE NACIÓN EN *MARÍA*?

Al centrarnos en los años siguientes a la escritura de *María* vemos que tienen como principal catalizador los momentos vividos por Isaacs en su campamento “La víbora”, cerca del río Dagua. Por lo que él mismo redacta su estancia fue difícil, y el trabajo duro, aunado a las inclemencias del tiempo y las posibles enfermedades tropicales, ciertamente eran graves complicaciones. Evidentemente hay un enorme contraste entre el entorno apacible de la novela y la realidad vivida por el autor al momento de la escritura:

Hay una época de lucha titánica en mi vida —le dice a Adriano Páez—: la de 1864 a 1865: viví como inspector del camino de Buenaventura, que se empezaba a construir entonces, en los desiertos vírgenes y malsanos de la costa del Pacífico. Vivía entonces como salvaje, a merced de las lluvias, rodeado siempre de una naturaleza hermosa, pero refractaria a toda civilización, armada de todos los reptiles venenosos, luché hasta caer medio muerto por obra de la fatigante tarea y del mal clima”. “Entonces hice los borradores de los primeros capítulos de *María*, en las noches que aquel rudo trabajo dejaba libres para mí”.⁴⁰

Durante su estancia en el Dagua cayó gravemente enfermo y hubo que trasladarlo a la ciudad. Y si a esto le añadimos la agitación política de Colombia, inmersa en abundantes guerras

⁴⁰ Jorge Isaacs cit. por ENRIQUE ANDERSON IMBERT, “Isaacs y su romántica *María*” en *Estudios sobre escritores de América*, Raigal, Buenos Aires, 1954, p. 84.

intestinas y conflictos ideológico-políticos, debemos preguntarnos, ¿por qué Isaacs no menciona algo de esto en su novela⁴¹?

Realmente no es condicionante el que un texto literario deba ser “reflejo” de su realidad, pero también es cierto que la literatura de siglo XIX es una literatura definida en gran medida por su relación con los momentos de la conformación nacional (ámbito político, económico, social, cultural y aun territorial).

Si otras novelas románticas de Hispanoamérica tienden a mostrar un marcado fondo histórico-político, y en muchos casos un evidente tono de denuncia social, podemos decir que *María*, aunque pareciera simplemente describir una sociedad alterna donde los conflictos prácticamente no existen, tiene en su “anormalidad” o “evasión” un mecanismo por medio del cual Isaacs transmite un modelo de sociedad. En *María* hay un proyecto de nación. Y en la novela vemos diferentes niveles socioeconómicos muy bien delimitados cuyos personajes cohabitan armónicamente entre sí, pero a cambio de esa armonía se sacrifica cualquier intento de las clases inferiores por ascender en la escala social. Los personajes no tienen siquiera que pensarlo, todos, aun los esclavos, están felices con la labor que desempeñan y aceptan sumisamente su destino, lo cual asegura la felicidad de esta sociedad.

Independientemente de las complicaciones acerca de si Efraín es o no un personaje ficcional o semiautobiográfico de Isaacs, no cabe duda que el momento de la novela se remonta a un periodo anterior en la vida del autor: cuando pensaba ir a estudiar medicina, sueño que vio frustrado a causa de la ruina familiar, lo que contrasta con el Efraín quien tiene las posibilidades económicas de realizar sus estudios.

También es cierto que la novela se desarrolla en un momento donde la esclavitud aún estaba vigente, siendo que hacía casi quince años que había sido abolida. Parece ser que Isaacs conocía uno de los principales debates anti-esclavistas de la época⁴² porque incluye anotaciones sobre *La Historia Universal* de Cesare Cantú⁴³. No obstante, aún así se abstiene de proponernos digamos el que los esclavos obtuvieran derechos o su libertad abiertamente, y más bien presenta una sociedad idealizada donde los esclavos aunque “felices” no pierden su categoría de eso, de esclavos.

⁴¹ “Isaacs ve que las haciendas se le arruinan, y en su garganta se desatan las canciones de los ríos; pierde los pleitos en Cali, en Palmira, en Bogotá, y sale feliz, silbando en los caminos, porque le han dicho que es poeta; le muerden las fiebres, le amenazan tigres, culebras y alacranes, azotan los huracanes su campamento, y escribe el idilio de El paraíso”. ANDERSON, *ibid.*, p. 36

⁴² Tal como lo señala CARMEN MILLÁN DE BENAVIDES en su artículo “Leyendo al pie de la página: Africanos y afrocolombianos en *María*”, en *IX Congreso de la asociación de colombianistas, Colombia en el contexto latinoamericano*, Sntafé de Bogotá, 1995, p. 264.

⁴³ Cf. notas al pie de las páginas 215, 216 y 239.

Respecto al problema de la esclavitud es probable que Isaacs, procedente de la clase hacendada, no lograra descartar las ventajas que esa mano de obra significaba ni que estuviera de acuerdo con erradicar por completo ese eslabón social (un buen ejemplo de ello sería otorgar simbólicamente a los esclavos su libertad como primer paso también rumbo a la igualdad). En este momento resultaba sobradamente absurdo para muchos pensar siquiera que los negros pudieran estar al mismo nivel que un blanco, y mucho menos si era adinerado. Y se debatía también acerca de si los negros libres eran capaces de hacerse cargo de sí mismos. Me parece que es en este último sentido que la novela presenta una sociedad esclavista, si bien es posible que Isaacs tuviera cierta preocupación real acerca de mejorar el estilo de vida de los negros, al menos en la obra (y lo importante aquí) mantiene vigente de un modo u otro la esclavitud. Aunque esta situación se ve “aminorada” por medio de un trato cuasi-paternal de Efraín y su padre, principalmente, hacia los esclavos; mismos que parecen bien protegidos, con techo y comida, y gozando de una enviadable relación amo-esclavo a cambio de una casi imperceptible sumisión “laboral”.

En general toda la estructura social de la novela es bastante estática, pues las posibilidades de ascenso social entre las diferentes clases sociales son prácticamente nulas —como veremos más adelante—. No obstante, hay un intento de “igualdad” de la familia de Efraín hacia las otras clases, y digo intento porque en el fondo se nos descubre como un sistema idealizadamente clasista-patriarcal. Más adelante mostraré cómo es que gracias a la estricta etiqueta que todos los personajes observan para con las clases altas se salva cualquier intento de transgresión social.

En este punto nos encontramos con que algunos críticos se han preguntado si en vez de que María y Efraín sean sinónimo de la pareja idónea sobre la cual se puede fundar una nueva nación —por ser ejemplos de virtud, belleza, moral y espiritualidad—, su fracaso como pareja sea símbolo del rechazo por parte del autor hacia la sociedad presentada, esto es, suponiendo que a través de la muerte de la heroína Isaacs “mate” literalmente también a la sociedad aún semi-feudal, especialmente en un momento donde el capitalismo tomaba auge⁴⁴. A ello Doris Sommer dice que el motivo del “fracaso”⁴⁵ radica en que la conversión cristiana de María es un pecado, —esto en

⁴⁴ María muestra “una sociedad feudal en extinción e inoperante dentro del marco del capitalismo feudal”, Mirta Yañez cit. por MÓNICA AYALA, art. cit., p. 222. Y agrega AYALA que “valdría la pena preguntarnos ¿qué incidencias históricas tiene para un país el hecho de que su romance nacional sea una historia marcada por el fracaso, por la imposibilidad de una unión feliz y productiva?”, p. 228.

⁴⁵ “Con María, Isaacs se elimina en un suicidio simbólico, como hacendado que ya no puede ser productivo, y como judío; o sea, como una diferencia corruptiva dentro de la coherencia patriarcal previa que su padre, irónicamente, representaba”. DORIS SOMMER, en “El Mal de *María*: (Con)fusión en un romance

vista de que el judaísmo es una condición hereditaria⁴⁶—, o más ampliamente en su mera condición de judía, esto último ya que según Sommer la muerte de María obedece, en parte a la distancia entre ella y Efraín, pero especialmente a que

María es genéticamente inapropiada para casarse con el héroe, no importa cómo uno la interprete. Por eso Isaacs la mata, como si su muerte estuviera predeterminada por la enfermedad que hereda de su madre, ya sea el judaísmo redundancia racial o diferencia, sea patología biológica o el mal anímico de identificarse como el Otro.

Visto así el mestizaje religioso es un defecto, y la heroína debe morir para evitar transmitir su “mal” (léase judaísmo)⁴⁷. En cambio Klaus Meyer-Minnelman dice que la muerte de María puede explicarse “racionalmente” si se recuerda que es “un mal hereditario, transmitido por causas naturales. No es la consecuencia de una dudosa conducta moral, como por ejemplo en las enfermedades en las novelas de Fernández de Lizardi”⁴⁸; y que al mismo tiempo este asunto permanece como un punto ambiguo en la narración que surge “en el marco de las leyes que rigen el mundo de la novela, sin motivación alguna”⁴⁹, ya que no existen elementos suficientes en el texto para determinar el verdadero motivo de la muerte de la heroína. Al respecto coincidimos con Klaus Meyer-Minnelman en que la muerte de la heroína permanece como un punto ambiguo y que no existe en la narración elemento alguno que permita establecer que su muerte fue provocada por su judaísmo o como “castigo” por renunciar a él, sobre ello sólo se sabe que María está predispuesta a sufrir el mal que quejó a su madre, aunque en cierto momento se sugiere la posibilidad de que no suceda así, y que no es sino hasta que Efraín se aleja que ella desarrolla por completo la enfermedad, donde al mismo tiempo se presiente la muerte como un hecho que sobrevendría con o sin la partida del protagonista. Del mismo modo, no veo motivo por el cual relacionar el judaísmo del autor con la novela. Si bien es cierto que la narración incorpora elementos autobiográficos, me parece razonable que la religión surja cuando se relata la historia

nacional” en *Modern Language Notes*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore, Maryland, núm. 2, vol. 104, marzo, 1989, p. 474.

⁴⁶ Ciertamente el judaísmo no es algo a lo que se pueda renunciar tan fácilmente, así como tampoco se “decide” ser judío, se nace. SOMMER explica la situación así: “el esfuerzo por contener el judaísmo de la familia parece estar entorpecido por su propia ambivalencia y por la memoria de la inflexible madre de María. Su maldición de muerte pesa sobre el ámbito como si estuviera vengando la traición de su hija contra la religión familiar.” *Ibid.*, p. 458.

⁴⁷ Art. cit., p. 474.

⁴⁸ KLAUS MEYER-MINNELMAN, “Mundo novelesco, efecto de lo real y literariedad en *María* de Jorge Isaacs”, en Beatriz González Stephan, *et. al.* (comp.), *Esplendores y miserias del siglo XIX*, 1ª edición, Monte Ávila, Venezuela, 1995, pp. 401-402.

⁴⁹ *Ibid.*

del padre de Efraín, Salomón y su hija, pero no creo que la narración contenga mayores conflictos en este aspecto.

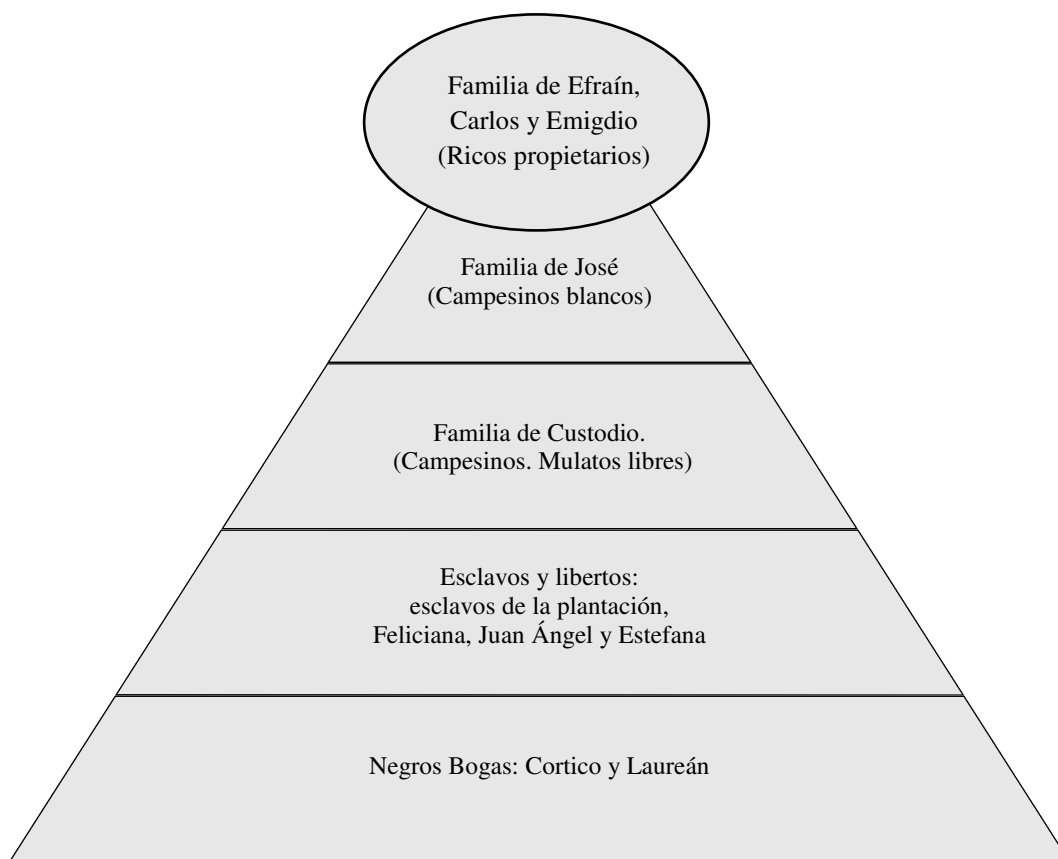
Finalmente, aunque resulta interesante, no estamos en posición de responder a la pregunta inicial a falta de información suficiente que nos permita hacerlo. Y por el contrario, me limito a afirmar que la evasión de la realidad siempre está presente pues es claro que mediante ella se desarrolla la sociedad alterna de la novela, y lo esencial en ello sería saber si Isaacs veía en este mundo idílico una opción viable para un momento de crisis política y social, o como ejemplo de lo que podría conllevar a las naciones al fracaso: el que las clases acomodadas se mostraran aún renuentes a abrirse a las necesidades capitalistas y rompieran con las barreras sociales y de clase que se venían arrastrando desde la colonia. Por lo pronto, es innegable que en la novela hay un trasfondo social que es el que analizaremos a continuación.

LA ESTRUCTURA SOCIAL

En *María* hay una estructura social marcadamente pirámidal basada en lo económico, lo cultural y lo racial. Lo económico determina, por razones obvias, las jerarquías sociales entre pobres o ricos. Esto, a su vez, establece una diferencia entre los que tienen la posibilidad de ilustrarse y los que no, y por ende también muestra que a mayor pobreza mayor será su “ignorancia”, ordinariedad, o hasta grado de superchería, entre otras cosas; además hay que agregar que conforme se descienda en la escala social se observará también una degradación del lenguaje⁵⁰. Por último está la cuestión racial, que junto con la pobreza, deriva en el hecho de que los que ocupan los últimos lugares de la escala social son específicamente los mulatos, los esclavos y demás personajes negros, en este orden. Según esto se puede clasificar a los personajes en cinco niveles⁵¹:

⁵⁰ “La distinción de clases se establece, enmascarada tal vez de «costumbrismo», en la distinción lingüística”. JUAN CARLOS RODRÍGUEZ, “La estructura melodramática. La «María» de Isaacs y la novela sentimental hispanoamericana”, en *Introducción al estudio de la literatura hispanoamericana. Las literaturas criollas de la Independencia a la Revolución*, Akal, Madrid, 1987, p. 144. Las diferentes variaciones lingüísticas son analizadas por SEYMOUR MENTON, “La estructura dualística de *María*” en *Boletín del Instituto Caro y Cuervo*, Bogotá, XXV, 1970, pp. 266-267.

⁵¹ Para la clasificación tomé en cuenta el estudio de ABEL ENRIQUE PRIETO —mismo que me motivó a realizar este trabajo—, quien sugiere la estratificación social de los personajes y analiza la situación de algunos de ellos, principalmente las relaciones de las tres familias hacendadas con la innegable exaltación hacia la familia de Efraín. Cf. “Valoración y clases en la novela *María*” en *La novela romántica latinoamericana*, La Habana, Casa de las Américas, 1978 (Serie Valoración múltiple).



El primer nivel se puede dividir a su vez en tres sub-niveles más, debido a que cada una de las tres familias se diferencia entre sí, —además de su lenguaje y nivel de cultura—, en cuanto a costumbres, sensibilidad y educación. Por último, existe un problema de género que no podemos omitir en el estudio: que aún cuando María ocupa junto con su familia la posición más alta de la escala, hay marcas en el texto que la sitúan en un nivel por debajo de Efraín al establecerse que como mujer “necesitaba” de la guía masculina, situación que correspondía a las ideologías de la época en torno a la mujer. A continuación analizaremos cada uno de los niveles mencionados con el fin de poner en evidencia los contrastes percibidos entre ellos.

LA CLASE ALTA

FAMILIA DE EFRAÍN

Esta familia está en el peldaño social más alto, en parte por su posición económica, y luego por una serie de características culturales que la conciencia del narrador destaca con el fin de “mostrar”, junto con sus hábitos y conductas, la “superioridad” de su clase. En las detalladas descripciones del narrador sobre su *modus vivendi* se nos muestran la elegancia, cortesía y los elevados principios de que son portadores, lo cual los ubica no sólo por encima de los demás personajes sino también de las otras dos familias de hacendados: la de Carlos y la de Emigdio.

Cortesía y buenas maneras

La familia de Efraín pertenece a la clase hacendada, son dueños de haciendas azucareras las cuáles advierte Efraín que su padre había mejorado “notablemente”:

En mi ausencia, mi padre había mejorado sus propiedades notablemente: una costosa y bella fábrica de azúcar, muchas fanegadas de caña para abastecerla, extensas dehesas con ganado vacuno y caballar, buenos cebaderos y una lujosa casa habitación, constituían lo más notable de sus haciendas de tierra caliente (p. 60)

Poseen además de una casa en la ciudad, de la cual no hay más descripciones, la lujosa casa de campo en que habita la familia ubicada sobre la falda de una montaña en el Valle del Cauca, escondida y rodeada por una extraordinaria naturaleza:

Cruzando planicies de verdes gramales. Regadas por riachuelos cuyo paso me obstruían hermosas vacadas, que abandonaban sus sesteaderos para internarse en lagunas o en sendas abovedadas por florecidos písamos e higuerones frondosos. Mis ojos se habían fijado con tanta avidez en aquellos sitios medio ocultos al viajero por las copas de añosos gruduales en aquellos cortijos [...] (p. 54)

A las ocho fuimos al comedor, que estaba pintorescamente situado en la parte occidental de la casa. Desde él se veían las crestas desnudas de las montañas sobre el fondo estrellado del cielo. Las auras del desierto pasaban por el jardín recogiendo aromas para venir a jugar con los rosales que nos rodeaban. El viento voluble dejaba oír por instantes el rumor del río.

Aquella naturaleza parecía ostentar toda la hermosura de sus noches, como para recibir a un huésped amigo. (p. 56)

La elegancia que poseen se refleja en la decoración y el esmero con que las mujeres de la casa adornan la habitación de Efraín. Lugar en el que se conjunta el gusto personal y la belleza de una vegetación benévola que les provee de floridos jardines. Y en el acierto de colocar el baño en un sitio que la propia naturaleza adornaba de manera agradable y exóticamente.

El cuarto quedaba en el extremo del corredor del frente de la casa: su única ventana tenía por la parte de adentro la altura de una mesa cómoda; en aquel momento, estando abiertas las hojas y rejas, entraban por ella floridas ramas de rosales a acabar de engalanar la mesa, en donde un hermoso florero de porcelana azul contenía trabajosamente en su copa azucenas y lirios, claveles y campanillas moradas del río. Las cortinas del lecho eran de gasa blanca atadas a las columnas con cintas anchas color de rosa; y cerca de la cabecera, por una fineza materna, estaba la Dolorosa pequeña que me había servido para mis altares cuando era niño. Algunos mapas, asientos cómodos y un hermoso juego de baño completaban el ajuar. (p. 57)

Un frondoso y corpulento naranjo, agobiado de frutos maduros, formaba pabellón sobre el ancho estanque de canteras bruñidas: sobrenadaban en el agua muchísimas rosas: semejábase a un baño oriental, y estaba perfumado con las flores que en la mañana había recogido María (p. 60)

Las buenas maneras juegan un papel muy importante en la vida de esta familia. Las reglas de etiqueta son algo que no fácilmente se permiten olvidar. Respecto a estas formalidades tenemos, tomadas de las primeras páginas del libro, las siguientes frases:

Mi padre ocupó la cabecera de la mesa y me hizo colocar a su derecha; mi madre se sentó a la izquierda, como de costumbre; mis hermanas y los niños se situaron indistintamente, y María quedó frente a mí. (p.56)

Y más adelante cuando María cae gravemente enferma nos dice Efraín: “Volví por la noche a verla, cuando la etiqueta establecida en tales casos por mi padre lo permitió”, (p. 81). Con esto no quiero decir que exista frialdad o rigidez en su trato, de hecho suelen demostrarse su afecto no pocas veces: “Ya en el salón, mi padre para retirarse, *les besó la frente a sus hijas*” (p. 57)⁵²; o cuando María llega a vivir con sus tíos se nos dice que es recibida con ternura por las hermanas de Efraín y cubierta de caricias por la madre (p. 66). Lo que pretendo resaltar con esto es su

⁵² Las cursivas son mías y en adelante hago la indicación.

disposición por mostrarse corteses ante cualquier situación. La misma amabilidad de Efraín es motivo de que en un gesto de gentileza le sugiera al padre su deseo por ayudarlo en las haciendas, aún cuando eso signifique cancelar su sueño de estudiar en Europa:

Quedó mi padre satisfecho de mi atención durante la visita que hicimos a las haciendas; mas cuando le dije que en adelante deseaba participar de sus fatigas quedándome a su lado, me manifestó, casi con pesar, que se veía en el caso de sacrificar a favor mío su bienestar [...] Empezaba a anochecer, y a no haber sido así, habría notado la emoción que su negativa me causaba (p. 63)

Aunque no olvidan las cortesías, sí sienten desagrado por algunas personas, como don Jerónimo, personaje poco agradable para la familia de quien dice la madre de Efraín: “ya sabes que don Jerónimo habla siempre como si estuviese a la orilla de un río” (p. 124); pero obviamente frente a él se muestran tan corteses como corresponde a una familia aristocrática:

Manifesté a don Jerónimo que no podía perdonarle el que me hubiese privado por tanto tiempo del placer de verlos a él y a Carlos; y que sin embargo, sería menos rencoroso *si la permanencia de ellos en casa era larga*. (pp. 131-132) [Las cursivas son mías]

Declaración claramente notable si se recuerda que la visita de Carlos acompañado de su padre tenía por objeto pedir la mano de María en matrimonio, hecho doloroso para Efraín que no sin dificultades consigue reprimir tratando de conducirse tan cortésmente como le es posible, después de todo Carlos es su amigo. Sólo en una ocasión él muestra una mala actitud: cuando Carlos se burla de su pasión por los libros:

María, mi madre y mi hermana se miraron unas a otras con extrañeza, sorprendidas de la frescura con que engañaba yo a Carlos, mas era porque no estaban al corriente del examen que él había hecho por la tarde de los libros de mi estante. (p. 135)

Efraín, además de buen hijo, es un estudiante notable, pues mientras estaba en Bogotá, a diferencia de Carlos que prefiere desvelarse y divertirse, sólo pensaba en los estudios (p. 101). Su disposición hacia ellos se observa en el elogio que hace José de lo que ha aprendido: “Él quedó admirado de mis *conocimientos teóricos sobre las siembras*” (p. 72)⁵³.

Efraín también sabe admirar la belleza a su alrededor y es el cantor de la naturaleza (“divina enseñadora”): “estas llanuras, estos bosques, estos ríos... ¿son para verse y no amarse?” (p. 252).

⁵³ Cursivas mías.

También posee una delicada sensibilidad humana y artística, es poeta y gusta de admirar la naturaleza. Y como enamorado, es el admirador devoto de María:

Nunca las auroras de julio en el Cauca fueron tan bellas como María cuando se me presentó al día siguiente, momentos después de salir del baño, la cabellera de carey sombreado suelta y a medio rizar, las mejillas de color de rosa suavemente desvanecido, pero en algunos momentos avivado por el rubor; y jugando en sus labios cariñosos aquella sonrisa castísima que revela en las mujeres como María una felicidad que no les es posible ocultar. (p. 76)

Su amor por ella lo haría “arrostrarlo” todo: ya una vez cruzó el Amaimé bajo peligro de ahogarse, y hasta olvidaría sus estudios en Europa para permanecer a su lado. Gesto un tanto ambiguo ya que como negativa del padre a su propuesta de quedarse le causa alegría, mientras que como impedimento para su relación con María le causa pesar. Como sea, el caso es que como buen hijo debe acatar los deseos del padre: estudiar antes de casarse con María, cambiar su trato hacia ella ocultando sus sentimientos, y, no sin dificultad, renunciar a su amor en caso de que su enfermedad persistiese:

¡María amenazada de muerte; prometida así por recompensa a mi amor, mediante una ausencia terrible; prometida con la condición de amarla menos; yo obligado a moderar tan poderoso amor, amor adueñado para siempre de todo mi ser, so pena de verla desaparecer de la tierra como una de las beldades fugitivas de mis ensueños, y teniendo que aparecer en adelante ingrato e insensible tal vez a sus ojos, sólo por una conducta que la necesidad y la razón me obligan adoptar! Ya no podría yo volver a oírle aquellas confidencias hechas con su voz conmovida; mis labios no podrían tocar ni siquiera el extremo de una de sus trenzas. (p. 90)

Como poeta, es el escritor de “Las hadas”, poema que Emma musicalizó y del cual gusta cantar María. Las mujeres de la familia, además del gusto artístico, son oficiosas preparando “postres y galas”, se reúnen a coser (“me llamó mi madre a su costurero. Emma y María estaban bordando cerca de ella”, p. 59), y destacan como dulces y buenas cristianas que rezan por las noches: “y luego que las mujeres habían rezado sus oraciones de costumbre” (p. 74). Su estilo de vida provoca asombro y extrañeza a Emigdio, evidentemente ajeno a este ambiente, al afirmar: “en tu casa como que viven con mucho tono; y se me figura que una de esas niñas criadas entre holán, como las de los cuentos, necesita ser tratada como cosa bendita” (p. 104). Aunque no se estilaba que las mujeres de la época profundizaran en los estudios, la madre acepta que su hijo dé algunas clases a María y Emma: “mi madre manifestó deseo de que yo diese a las muchachas algunas lecciones de gramática y geografía, materias en que no tenían sino muy escasas nociones

(p. 59). Nótese que la madre no tiene intención de “educar” formalmente a sus hijas, sino simplemente de que tomen unas cuantas lecciones. A ellas la idea de estudiar les entusiasma. Y como la familia en general tiene gusto por la lectura, Efraín y las hermanas se reúnen por las tardes a leer algunos capítulos de *El Genio del Cristianismo* o *Atala*; además entre los libros de la biblioteca de Efraín se mencionan *El Quijote*, *La Biblia*, la *Gramática inglesa*, textos de Shakespeare y Calderón, el *Teatro español*, y *La Democracia en América* de Tocqueville; mientras que el padre tiene en el *Diario de Napoleón en Santa Elena* una lectura que lo conmueve profundamente.

Generalmente la familia se percibe como una clase superior debido a su tolerancia y gentileza hacia las otras. En su convivencia con los esclavos hay una relación distinta a la que comúnmente mostraría un hacendado, pareciendo haber una correspondencia de trato y un interés real por ellos: “Concluida la cena, los esclavos levantaron los manteles; *uno de ellos rezó el padre nuestro, y sus amos completamos la oración*” (p. 57)⁵⁴. El padre, a diferencia de lo que se esperaría de cualquier hacendado, se muestra afectuoso y bondadoso con sus esclavos: “Pude notar que mi padre, *sin dejar de ser amo*, daba un *trato cariñoso* a sus esclavos, *se mostraba celoso* por la buena conducta de sus esposas y *acariciaba a los niños*” (p. 61)⁵⁵, e igualmente generoso y preocupado por su bienestar: “¿Compraste todo *lo que necesitabas* para ella y para ti con *el dinero que mandé darte?*” (pp. 61-62)⁵⁶. Y no sin algo de vanidad se nos dice que el exceso de confianza y generosidad del padre había motivado numerosos abusos y estafas en su contra, asunto que no deja de sonar un tanto exagerado:

¡Pero quién lo hubiera temido! Yo moriré sin haber aprendido a desconfiar de los hombres. Y decía la verdad: ya muchas veces en su vida comercial había recibido iguales lecciones. Una noche, estando él en la ciudad sin la familia, se presentó en su cuarto un dependiente a quien había mandado a los Chocoes a cambiar una considerable cantidad de efectos por oro, que urgía enviar a los acreedores extranjeros. El agente le dijo:

—Vengo a que me dé usted con qué pagar el flete de una mula, y un balazo: he jugado y perdido todo cuanto usted me entregó.

—¿Todo, todo se ha perdido? —preguntóle mi padre.

—Sí, señor.

—Tome usted de esa gaveta el dinero que necesita. (p. 177)

⁵⁴ Cursivas mías.

⁵⁵ Cursivas mías.

⁵⁶ Cursivas mías.

Aunque más adelante analizaremos a las otras dos familias hacendadas, tomemos mientras tanto a consideración algunos ejemplos del trato cortés que muestran hacia los colonos antioqueños y la familia del mulato Tiburcio, que en numerosas ocasiones se asemeja a una relación entre iguales:

Pues ory verá: su mamá le propuso el otro día a mi mujer que le mandara a Salomé por unas semanas para que la muchacha aprendiera a coser en fino, que es todo lo que Candelaria desea (p. 257)

Mi madre [...] abrumada por el cansancio, se durmió en el departamento de Emma, donde *quedó Luisa haciéndole compañía*. (p. 200) [Las cursivas son mías]

Los ejemplos arriba mencionados de “paternalismo” y bondad hacia la clase inferior son un intento por mostrar la superioridad de la familia, pues la amabilidad y el aparente “trato igualitario” que muestran hacia las otras clases tienen como función exaltar sus virtudes (lo cual establece una diferencia), aunque para lograrlo se suele idealizar esas relaciones. A propósito de todo esto traigo la siguiente cita

El papel de bueno, de jerarca con sentimientos nobles y humanitarios, es cómodo; revela alcornia espiritual. El amo-poeta idealiza las relaciones esclavistas y pinta de rosado lo que no puede ir más que de negro. Se pretende unir los sentimientos del «buen corazón» —siempre dudoso en una sociedad clasista— a una estructura inhumana⁵⁷.

Sí, la sociedad retratada es clasista, y curiosamente es el mismo Efraín-narrador quien justifica la clasificación piramidal de esta sociedad al tiempo que se encarga de preservarla. La justificación ocurre cuando por medio de juicios o descripciones establece que aún en el trato amable, y que pretende ser “igualitario”, sigue presente una diferencia de clases entre su familia y las otras⁵⁸:

[Braulio] se puso a desfruncir la mochila, diciéndole a la muchacha [Tránsito] algo que no alcancé a oír. Ella me miró de manera particular, y sacó de la sala un banquito para que me sentase en el empedrado desde el cual *dominaba* yo la escena. (p. 121)

Las mujeres habían vuelto a sus faenas, y yo *dormitaba* sobre uno de los poyos de la salita en que Tránsito y Lucía *me habían improvisado un colchón* de ruanas. (p. 121)

⁵⁷ PRIETO, art. cit., p. 360.

⁵⁸ También PRIETO nota que “Los instrumentos de que Isaacs-Efraín se vale para delimitar los niveles son infinitos. Palabras que aparecen insustanciales, o dichas al paso, se suman apuntando al sistemático deslinde clasista”. *Ibid.*, p. 372.

—El tigre iba a matar a Braulio cuando el señor (señalándome) le dio este balazo

[...]

Todos se volvieron a mirarme, y en cada una de esas miradas había *recompensa de sobra* para una *acción que la mereciera* (p. 121) [Todas las cursivas son mías]

En estos ejemplos hay evidentemente una marcada diferencia entre los colonos y el señorito Efraín, aunque él se empeña en mostrar una relación entre iguales, siempre hay un trato deferente hacia él y de él hacia los otros. Así mismo, preserva este sistema en tanto que no hace nada para cambiarlo:

—Sí, pero ¿irá a pie Tránsito al pueblo?

— ¡He! —exclamó José.

— ¿Pues cómo? —preguntó ella admirada.

—A caballo; ¿no están ahí los míos?

—Si a mí me gusta más andar a pie; y a Lucía no es sólo eso, sino que les tiene miedo a las bestias.

— ¿Pero por qué? —preguntó Emma.

—Si en la Provincia solamente los blancos andan a caballo; ¿no es así, padre?

—Sí; y los que no son blancos, cuando ya están viejos.

— *¿Quién te ha dicho que no eres blanca?* —pregunté a Tránsito; —*y blanca como pocas*— [...]

—Las que yo digo son las gentes ricas, las señoras. [Dice Tránsito] (p.168). [Las cursivas son mías]

Sobre este ejemplo es cierto lo que dice Abel Enrique Prieto de que no es más que un mero diálogo de cortesía establecido entre dos círculos sociales muy concientes del juego. Y fuera de ello no hay ningún intento por mejorar el estilo de vida de las clases bajas.

Los pobres no tienen caballos, y es natural y justo que anden a pie. En eso están de acuerdo Tránsito y Efraín. Es por tal razón que este último no insiste en prestar sus caballos para la boda, ni vuelve a tocar el asunto. El ofrecimiento era sólo una delicadeza ritual que José y su hija debían rehusar como lo hicieron [...] La conciencia de Efraín está tranquila. El señorito hizo una broma a costa de los simpáticos escrúpulos de clase de Tránsito: «¿Quién te ha dicho que no eres blanca?» En tono zumbón Efraín arguye que Tránsito es «blanca como pocas», dejando intacta la médula del problema: que los ricos son los que van a caballo. Con eso no juega Efraín.⁵⁹

En las acciones del mismo Mayo, perro de la familia, se demuestra —tal como nos dice Efraín—, una actitud distanciadora y de superioridad:

⁵⁹ *Ibid.*, pp. 362-363.

[Mayo] gruñó al verlos [a los perros de Braulio], y vino a esconderse tras de mí con muestras de antipatía invencible; él, con su *blanca piel*, todavía hermosa, las orejas caídas y el ceño y mirar severos, dábale ante los lajeros del montañés un aire de imponderable *aristocracia* (p.139). [Las cursivas son mías].

Nótese que Efraín se encarga bien de enfatizar que la piel de su perro es “blanca” como ejemplo de rango aristocrático. Así mismo, Mayo observa, como reflejo de esa superioridad social de sus amos, una conducta distinta hacia los otros perros, ya que ellos al igual que sus respectivos amos no forman parte del estrecho círculo aristocrático.

La distancia no impide a los montañeses mostrarle toda su gratitud al señorito por salvar a Braulio en la cacería, y ello es motivo de una velada satisfacción que enorgullece a Efraín: “y en cada una de esas miradas había recompensa de sobra para una acción que la mereciera” (p. 121), y esa acción meritoria es la suya. Su padre, a quien le comenta su intención de salir a cazar osos, comenta sorprendido: “En mi país [...] te tendrían por un bárbaro o por un héroe” (p. 86), pero frente a Carlos y don Jerónimo se expresa con cierta presunción y orgullo de su hijo:

—Pero ¿es posible? —preguntó don Jerónimo a mi padre, acercando un braserillo para encender un cigarro—; ¿es de creerse que usted permita esto a Efraín?

Sonrió mi padre al contestarle con algo de propia satisfacción:

—Le encargué ahora días una piel de oso para los pies de mi catre, y seguramente habrá preferido una de tigre.

[...]

— ¡Yo que pensaba [dice Carlos] instarle para que hiciésemos mañana una cacería de venados y preparándome para esto vine con mi escopeta inglesa!

—Él tendrá muchísimo placer en divertir a usted: si ayer hubiese usted venido, hoy habrían ido ambos a la cacería.

— ¡Ah! Si... si yo hubiera sabido... [responde Carlos] (pp. 126-127)

[Las cursivas son mías].

Es en este ejemplo quedan reveladas las diferencias entre la familia de Carlos y Efraín, pues mientras éste se dibuja como el valeroso cazador, Carlos muy seguramente no se atrevería a cazar un tigre. Hay otro ejemplo muy significativo también: cuando Efraín en un gesto de cortesía ofrece su taza de café al montañés —ante el asombro de Carlos y su padre—, está exponiendo esa superioridad de la que es portador, herencia de un padre que se muestra afectuoso con sus esclavos: “y obligué a Braulio a que *aceptase la taza destinada para mí*. Carlos y su padre *no disimularon la extrañeza que les causó mi cortesía* para con el montañés” (p. 140). Al

establecerse la diferencia entre la familia de Efraín y los “otros” se constituye la supremacía de éstos por medio de la superioridad de sus valores morales, estéticos y espirituales:

El intento por mostrarnos un *mundo en orden*, estructurado según unos valores abstractos y espiritualistas, un mundo en donde la más alta jerarquía será la del espíritu y del sentimiento, pero también (al fin y al cabo Efraín y María son miembros de *esa* familia) una clase social que se muestra con valores no materiales o comerciales, sino fundamentalmente espirituales la «laboriosidad», «la economía», «la limpieza», etcétera.⁶⁰

FAMILIA DE CARLOS

El siguiente nivel le corresponde a la familia de Carlos, equiparable a la de Efraín en cuanto a posición económica, pero desigual en virtudes humanas. Carecen de los valores estéticos que la otra familia sabe apreciar y sus modales son menos refinados que los de ellos, así mismo se conducen con cierta presunción debido a su posición económica, y suelen mostrarse indiferentes para con las clases que perciben “inferiores”.

Cortesía y sensibilidad

Los señores de M*** habitan en una “hermosa casa” con “su capilla y sus bosques de ceibas” (p. 83), en palabras de Efraín poseen un ingenio “costosamente montado” aunque con “poco gusto y arte”; un huerto, “hermosa obra de los antepasados de la familia”, y cerca de “media docena de valiosos caballos” (p. 250). Estas afirmaciones nos permiten ver que si bien su riqueza se refleja en lo costoso de sus propiedades, carecen de lo que Efraín llama buen gusto y “habilidad decorativa”. Juicio que no debemos perder de vista a propósito de nuestro análisis.

De esta familia se destacan dos personajes (sin contar a Justiniano, hermano de Carlos de quien sólo se sugiere su interés en Salomé, p. 255): Carlos, amigo de Efraín, y don Jerónimo su padre. Físicamente, Carlos es un “buen mozo” de 24 años, con patillas cuya negrura “hacía contraste con sus mejillas sonrosadas; su boca conservaba la frescura que siempre la hizo admirable; la cabellera abundante y medio crespada sombreaba su tersa frente, de ordinario serena

⁶⁰ RODRÍGUEZ, art. cit., p. 148.

como la de un rostro de porcelana” (pp. 128-129). Sin embargo, es algo mal educado y particularmente desconsiderado con Emigdio (el “campechano amigo”), de quien se burla por su aspecto tosco y poco elegante. Aunque ésta situación también le causa cierta gracia a Efraín, éste sí logra conducirse atentamente, —al menos frente a Emigdio—:

Me apresuré a descargarlo de todo, aprovechando un instante para mirar severamente a Carlos, quien tendido en una de las camas de nuestra alcoba, mordía una almohada llorando a lágrima viva, cosa que por poco me produce el desconcierto más inoportuno (p. 99). [Las cursivas son mías].

Por si fuera poco, Carlos —empecinado en divertirse a costa de Emigdio durante su estancia en la ciudad—, se entretiene jugándole una broma: lo convence de que Micaelina, la hija de la casera (muchacha “despabilada, despreocupadilla y reidora, pp. 100-101) se interesaba en él. Este suceso, que concluye cuando Emigdio sorprende a la supuesta enamorada engañándolo mientras lo creía dormido, resulta en un desenlace ampliamente jocoso para Carlos: “y se rió de buena gana acordándose del cómico desenlace de los amores de nuestro amigo con Micaelina” (p. 128).

Carlos es un personaje que se interesa más por cuestiones materiales como el dinero, aunque debe resaltarse que Emigdio lo considera en el fondo un muchacho trabajador:

Hablóme de sus trabajos de campo, de las novilladas que cebaba en la actualidad, de los nuevos pastales que estaba haciendo; y por fin de la esperanza fundada que tenía de desear muy pronto ser un propietario acomodado. (p. 129) [Las cursivas son mías].

Sin embargo, es más factible pensar que su esperanza de pronta riqueza se base más que nada en la conveniencia de un matrimonio con María, tal como sospecha la madre de Efraín: “y como él [don Jerónimo] y su hijo [Carlos] saben que María posee una dote... lo demás no quiero ni decirlo”, p. 140.

Aquí aparece la vanidad de Carlos como otro defecto, dice Emigdio que “no va a bañarse al río cuando el sol está fuerte, y que si no le ensillan el caballo no monta; todo por no ponerse moreno y no ensuciarse las manos” (pp. 103-104), sin embargo, a su favor diremos que podría tratarse de una acusación un tanto injustificada, ya que durante su visita en casa de Efraín no hace eso de lo que lo acusan. Aunque, por otro lado don Ignacio, padre de Emigdio, también afirma que el comportamiento de Carlos cae en lo extravagante:

—Nada, nada; los bogotanos les tienen miedo al sol y a los toros bravos; por eso los muchachos se echan a perder en los colegios de allí. No me dejará mentir ese niño bonito

hijo de don Chomo; a las siete de la mañana lo he encontrado de camino aforrado con un pañuelo, de modo que no se le veía sino un ojo, ¡y con paraguas! (p. 105).

Algunas referencias que sí corroboran la vanidad del personaje son un tanto la meticulosidad que pone en su arreglo personal, según resalta Efraín: “se acercó al espejo, peinó sus patillas y cabellos con una peinillita de su bolsillo, plegó, como una modista un lazo, el de su corbata azul” (p. 130), y otro poco su presunción, como cuando afirma que su escopeta inglesa era única en el país, de la cual nos dice Efraín, era exactamente igual a la que su padre le había regalado (p. 128).

Cuando Emma hace el comentario de que de haberlos visitado más temprano habría podido acompañar a Efraín en su cacería del tigre, Carlos responde: “—¡Ah! Sí... si yo hubiera sabido...”, (p. 127), suspensivos que denotan la poca valentía de él en comparación con la de Efraín.

Carlos y su padre carecen de tacto y se muestran desdeñosos frente a Braulio por sus perros de caza. En venganza éste último hiere su orgullo al dejar su escopeta sin municiones, lo que lo hace aparecer como un torpe que equivocó un tiro fácil (“bello tiro”), y más adelante, en gran parte por ese malestar, asegura que el sol le había provocado un dolor de cabeza (p. 150). También se nos dice que el personaje carece de las consideraciones que tienen Efraín y su familia con sus esclavos, ya que él se expresaba groseramente de su esclavo: “Carlos juraba [...] que el *bruto* de su negro había dejado ir la pieza río abajo”, (p. 147)⁶¹.

Por otra parte, dice Emigdio que, mientras Efraín ponía empeño en sus estudios, el otro prefería acostarse pasadas las once y estaba “más fullero que nunca” (p. 101). Así mismo se pone en evidencia el poco interés que tiene Carlos por la lectura, rasgo sintomático de la falta de cultura de toda su familia, remontémonos al episodio donde él, a la manera del escrutinio sufrido por don Quijote en su biblioteca, censura los libros de Efraín, entre ellos algunos libros religiosos, de poesía, teatro, etcétera, argumentando pretextos como el grosor del libro o su falta de interés por los temas:

Yo también estudio, es decir, leo... no hay tiempo para más; y tengo una prima bachillera que se ha empeñado en que me engulla un diluvio de novelas. Ya sabes que los estudios serios no han sido mi flaco: por eso no quise graduarme, aunque pude haberlo hecho. No puedo prescindir del fastidio que me causa la política [...]

⁶¹ Cursivas mías.

—Veamos —empezó leyendo los rótulos de los libros—. «Frayssinous», *Cristo ante el siglo*, *La Biblia*... Aquí hay mucha cosa mística. *Don Quijote*... Por supuesto jamás he podido leer dos capítulos.

—¿No, eh?

—«Blair» —continuó—; «Chateaubriand...» Mi prima Hortensia tiene furor por eso. *Gramática inglesa*. ¡Qué lengua tan rebelde!; no pude entrarle.

—Pero ya hablabas algo.

—el «how do you do» como el «comment ça va-t-il» del francés.

—Pero si tienes una excelente pronunciación.

[...]

—¿«*Saquespeare*»? Calderón... versos, ¿no? *Teatro español*. ¿Más versos? Confiésamelo, ¿todavía haces versos? Recuerdo que hacías algunos que me entristecían haciéndome pensar en el Cauca. ¿Con que haces?

—No.

—Me alegro de ello, porque acabarías por morirte de hambre.

—«*Cortés*» —continuó—; ¿*Conquista de Méjico*?

—No; es otra cosa.

—«*Tocqueville, Democracia en América*»... ¡Peste! «*Segur*»... ¡Qué runfla! (pp. 129-130).

Nótese el interés de Carlos por justificar que si no concluyó sus estudios no se debió a falta de inteligencia, pero él mismo se ridiculiza al dejarnos ver con sus propios argumentos su ignorancia: además de los que mencioné arriba, que mientras Efraín dice irónicamente que Carlos tenía una “excelente pronunciación”, pronuncia mal “*Saquespeare*”. Su insensibilidad por la literatura se observa también en que se muestra indiferente y hasta burlón hacia la constancia con que Efraín creía en las “grandes pasiones” de los dramas franceses (p. 159) como *Atala*, novela de la cual él, junto con Emma y María solían conmoverse profundamente. Al presentarse estas dos actitudes diametralmente opuestas entre los valores morales, humanos y estéticos se establece la diferencia de clase entre un personaje y otro.⁶²

En el ejemplo que acabamos de dar se puede observar el notorio desprecio que siente Carlos hacia la poesía, al que demerita como oficio por asociarlo solamente con la pobreza material: “acabarías por morirte de hambre”. Por ello Efraín lo engaña al tratar de convencerlo —y exponerlo frente a su familia— de que el poema “*Las Hadas*” no era suyo, sino uno que debió leer en *El Día*, y como a Carlos no le gusta quedar en vergüenza, y después de decir que para “eso” tenía mala memoria, termina por aceptar que sí lo había escuchado antes ya musicalizado. Como Efraín conoce bien la insensibilidad de su amigo por la poesía, nos explica que en realidad de lo

⁶² PRIETO dice que al negar Carlos los modelos literarios de Efraín acaba por condenarse como “antiprotagonista: frívolo, negador de la conducta y la literatura romántica; y decididamente insensible a la poesía”. Art. cit., p. 365.

único que él podía estar seguro era “de haber visto todos los días lo que mis malos versos pintan; pero sin darse cuenta de ello, como ve su reloj”, (p. 136). Mientras Efraín es capaz de detenerse a admirar la belleza del paisaje o de una flor (especialmente de las que corta María para él), Carlos admite que simplemente no es aficionado a ellas (p. 150), y agreguemos a ningún tipo de sentimentalismos. A diferencia del poeta Efraín, que gusta realmente de la naturaleza, Carlos “aprecia” de ella menos de lo que debiera: “Carlos veía en éste [remanso], *menos que en cualesquiera otros*⁶³, la hermosura de los árboles y los bejucos florecidos que se bañaban en las espumas” (p. 155). El protagonista vuelve a destacarse frente al amigo incapaz de percibir la belleza una categoría estética: dice Efraín “estas llanuras, estos bosques, estos ríos [...] ¿Son para verse y no amarse? —Ya me vienes con poesías [responde Carlos]” (p. 252). Ciertamente es que su incapacidad para apreciar esas bellezas se deben también al desprecio que siente por los trabajos de la hacienda (campo). Y prefiriendo el ambiente de la ciudad, dice que ahí él no hace más que aburrirse “atrozmente”, detestando a su padre y sus “campesinadas” junto a los “humos y gazmoñerías” de sus tías, la soledad y el terrible calor (p. 252).

En asuntos amorosos sabemos que pensaba pedir la mano de María en matrimonio, pero más que por amor, por la dote y por cierto deseo de emparentar con Efraín: “yo *tengo* que casarme; y me halagaba la idea de entrar a tu casa” (p. 159). Aunque parece algo enamorado de María, pues dice que ella había extinguido los recuerdos de Bogotá que le “atormentaban”, las fiestas y a Matilde, su amor de Bogotá, no pierde del todo su lado racional: “yo no soy hombre de los que se echan a morir por estas cosas” (p. 159). Cuando Efraín ama lo hace con todo, y anímicamente logra sufrir e identificarse con los romances de los dramas franceses, Carlos lo hace a medias y procede lógicamente.

Lo que se destaca de Carlos es su valor por la amistad. Emigdio, a pesar de que lo desapruaba por sus maneras delicadas, acepta que “por lo demás es un caballero” y que hace poco lo ayudó a salir de un apuro prestándole dinero (p. 104). Y Efraín, luego de conmoverse por su fracaso en pedir la mano de María en matrimonio, defiende la “hidalguía de su carácter”, de la cual dice que le había dado tantas pruebas en su vida de estudiantes (p. 157). Otro aspecto rescatable de Carlos es su afición por la música y el baile, principalmente por la guitarra la cual se nos dice “tocaba bastante bien” (p. 132), y otro poco su habilidad para el canto “Él entonó con

⁶³ Cursivas mías.

voz llena y sonora una canción que andaba en boga en aquellos días” (p. 133). Que valga decir son dos cualidades más dignas de exhibición principalmente en reuniones y fiestas.

En cambio el retrato de don Jerónimo (“don Chomo”) es del todo desafortunado. Carece de clase, en el apartado anterior se mencionó que hablaba fuerte “como si estuviese a la orilla de un río” (p. 124) y hasta con la boca llena (“no tan desocupada como fuera de desearse”, p. 132). Fácilmente entabla pleitos, como aquel con el padre de Emigdio sobre unos linderos, dice Carlos: “las cuestiones más graves versan sobre veinte varas cuadradas de pantano o la variación de cauce de un zanjón que ha tenido el buen gusto de echar al lado del vecino con una fajilla de nuestras tierras” (p. 129). Su sandez es tal que se empeña en afirmar que el dormir poco y madrugar era bueno, pero Efraín lo desengaña pensando sarcásticamente que “lo que él llamaba dormir poco no era otra cosa que dormir mucho empezando temprano” (p. 139). Y mientras Don Jerónimo carece de sensibilidad musical, se pone en contraste el gusto que tenía por ella el padre de Efraín⁶⁴:

Mi padre y el señor de M*** entraron al salón a tiempo que la canción terminaba. El primero, que sólo tarareaba entre dientes algún aire de su país, en los momentos en que la apacibilidad de su ánimo era completa, tenía afición a la música y la había tenido al baile en su juventud,
Don Jerónimo, después de sentarse tan cómodamente como pudo en un mullido sofá, bostezó de seguida dos veces. (p. 135)

La ridiculización llega a su máximo cuando se nos dice que al tener la cabeza del tigre frente a él, y aún cuando fue un suceso que asustó a todos, había derramado parte de su café y corrido a levantarse “con más presteza que era de esperarse le permitiera su *esférico abdomen*”⁶⁵, (p. 125). Y en la ocasión donde queriendo esforzarse por cazar al venado termina enredándose con alguna planta que lo derriba cayendo “dichosamente”.

Con todo esto es claro que los señores de M*** están en el siguiente peldaño social: aunque Carlos (y su familia por analogía) son equiparables en posición económica con Efraín, quedan por debajo de su nivel por carecer de la cultura y sensibilidad que exalta a la familia del protagonista; recordemos que en el mundo de la novela, como se anotó más arriba, la más alta jerarquía es la que establecen el espíritu y el sentimiento, y luego vienen la posición económica y la cultura. Por ello también don Jerónimo termina debajo de su hijo, —y por ende de Efraín—, porque además

⁶⁴ “Hay evidentemente una diferencia cultural que se quiere destacar en la novela, pero —como corresponde a la cuna del narrador y protagonista— con delicadeza y buen gusto”. PRIETO, art. cit., p. 364.

⁶⁵ Cursivas mías.

de lo dicho, no posee el mínimo refinamiento que debería acompañar su posición económica, lo que al menos sí observa Carlos.

FAMILIA DE EMIGDIO

Siguiendo con el análisis de las familias hacendadas llegamos a la de Emigdio. Son básicamente comerciantes, una especie de nuevos ricos que no pertenecen al grupo de las “buenas familias” por nacimiento, ni tienen el mínimo interés por entrar en el estrecho mundo de las “buenas maneras”. Él y su padre decaen en la escala social debido a la aspereza de su carácter y modales, y a que, curiosamente en este nivel, aparece una variación en el uso del lenguaje, como giros y regionalismos, clara diferencia si se toma como parámetro el usado por las familias anteriores.

Modales y conducta

Cuando Efraín visita a esta familia, que también posee tierras y ganado, lo primero que hace es describir el curioso panorama con que se encontró:

Vencida la resistencia que oponían los goznes y eje enmohecidos y la más tenaz aún del pilón, compuesto de una piedra tamaña enzurrada, la cual, suspendida del techo con un rejo, daba tormento a los transeúntes manteniendo cerrado aquel aparato singular, me di por afortunado de no haberme atascado en el lodazal pedregoso, cuya antigüedad respetable se conocía por el color del agua estancada.

Atravesé un corto llano en el cual el rabo-de-zorro, el friega-plato y la zarza dominaban sobre los gramales pantanosos

[...]

No se habían agotado los obstáculos para llegar, pues tropecé con los corrales rodeados de tetillal; y ahí fue lo de rodar trancas de robustísimas guaduas sobre escalones desvencijados. Vinieron en mi auxilio dos negros, varón y mujer (p. 97)

De entrada, se han hecho referencias sobre el estado de la hacienda que nos dejan ver el abandono en que la tienen sus dueños. Recordemos también que la descripción aparece en boca de Efraín, así pues, si éste nos dice que al llegar a la hacienda tuvo que sortear toda una serie de obstáculos relacionados con el evidente descuido del lugar ya fuera por desidia o por la flojera de

los dueños, se está poniendo en evidencia su falta de clase y elegancia. Poco a poco Efraín continúa internándose en las posesiones de la familia y reflexiona con cierta ironía sobre el aire viciado y el amontonamiento de los animales de granja:

habíase mejorado notablemente la cría de ganado menor, de lo cual eran prueba las cabras de varios colores que apestaban el patio; e igual mejora observé en la volatería, pues muchos pavos reales saludaron mi llegada con gritos alarmadores, y entre los patos criollos o de ciénaga, que nadaban en la acequia vecina, se distinguían por su porte circunspecto algunos de los llamados chilenos. (p. 98)

El descuido y el desorden se critican frente a la elegancia y el orden de la familia de Efraín, ante esas supremacías, ahora se agregan dos críticas más: el ruido y el hacinamiento de los animales de granja. Estos rasgos son suficientes para que se conozca su poca elegancia, lujo y mal gusto. El abandono de la hacienda alcanza a los animales, aun a la casa principal en que estos hacendados habitan:

allí ramoneaban algunos caballejos molenderos rapados de crin y cola, correteaban potros y meditaban burros viejos, tan lacrados y mutilados por el carguío de leña y la crueldad de sus arrieros, que Buffon se habría encontrado perplejo al tener que clasificarlos.

La casa, grande y antigua, rodeada de cocoteros y mangos, destacaba su techumbre cenicienta y alicaída sobre el alto y tupido bosque del cacaotal. (p. 97)

Durante su estancia Efraín se toma la paciencia de describir los platillos durante el almuerzo:

Sea dicha la verdad: en el almuerzo no hubo grandezas; pero se conocía que la madre y las hermanas de Emigdio entendían eso de disponerlos. La sopa de tortilla aromatizada con yerbas frescas de la huerta; el frito de plátanos, carne desmenuzada y roscas de harina de maíz; el excelente chocolate de la tierra; el queso de piedra; el pan de leche y el agua servida en antiguos y grandes jarros de plata, no dejaron que desear. (p. 102)

Nótese que en el ejemplo citado Efraín resalta el empeñoso montaje y quizá la “abundancia” de los platillos, pero en cierta forma critica la falta de “grandezas” en el menú. Curiosamente, además de ser la primera vez que pone énfasis en el asunto de los alimentos, lo hace dándole

especial interés al deleite que le ofrecen a su vista⁶⁶ —lo que se repetirá en otros ejemplos—, pero muy poco al sentido del olfato y nunca al del gusto.

A Emigdio, el “honradote y campechano amigo” (p. 101), Efraín lo tiene en muy alta estima, pero para Carlos su ingenuidad es lo que lo lleva a abusar de él gastándole la broma con Micaelina, la de la pensión. El desinterés que este personaje muestra por los estudios se funda en la suposición que tiene de que los hombres deben “forjarse” con el trabajo duro; lo mismo su padre, para quien los hombres se echan a perder en los colegios de la ciudad —como Carlos con sus delicadezas—, temiendo a los trabajos rudos y a las faenas de corral: “Nada, nada; los bogotanos le tienen miedo al sol y a los toros bravos” (p. 105); es por eso que cuando envía a su hijo a la ciudad lo hace con la intención que se enseñe a ser “mercader y buen tratante” (p. 98).

En lo que Emigdio no está de acuerdo con su padre es con lo que considera sus ideas anticuadas respecto a introducir mejoras en la hacienda:

Algunas angarillas y sudaderos de junco deshilachados y montados sobre el barandaje, bastaron a convencerme de que todos los planes hechos en Bogotá por Emigdio, impresionado con mis críticas, se habían estrellado contra lo que él llamaba chocheras de su padre. (p. 98)

Dada su rudeza, poca elegancia y cultura Emigdio piensa que Carlos —siguiendo con sus bromas— le puso una trampa en el asiento, siendo que en realidad desconocía que el sofá tenía resortes. La descripción del suceso por Efraín resalta la comicidad del suceso: “el pobre sintiendo que se hundía, procuró a todo trance buscar algo a qué asirse en el aire; más, perdida toda esperanza, se rehizo como pudo” (p. 99). A diferencia de Carlos, Emigdio prefiere el ambiente sencillo del campo, pues en la ciudad ha aprendido a desconfiar de la gente, y en particular de las mujeres —especialmente después del engaño de Micaelina—: “En Bogotá no hay señoras: éstas son todas unas... coquetas de siete suelas [...] No hay nada como las mujeres de nuestra tierra; aquí no hay sino peligros” (p. 101). Sus costumbres parecen ser más humildes de lo que se esperaría en un hacendado, pero también son más rudas, pues piensa toscamente que “El hombre debe oler a chivo” (p. 106), y que no cambiaría los vinos de la ciudad por “el de naranja que hacían en Buga, y el anisete verde de la venta de Paporrina. [Aun] Los cigarros de Ambalema le parecían inferiores a los que aforrados en hojas secas de plátano y perfumados con otras de higo y

⁶⁶ “Si consideramos los cinco sentidos hay que reconocer que Isaacs no concede valor artístico al gusto. Tiene mucho interés en describir las comidas pero siempre desde el punto de vista costumbrista”. MENTON, art. cit., p. 275.

de naranjo picadas, traía él en el bolsillo” (p. 100). Sucede que para Emigdio la felicidad radica en la tranquilidad de la vida del campo que tanto desespera a Carlos, aunque ello no implica que sepa apreciar la belleza que poetiza Efraín, recordemos que esta es solo una capacidad y cualidad propia del señorito y otro tanto de su familia. Así mismo la reprobación que puede haber por parte de Efraín radica en la falta de elegancia y cultura de Emigdio y su familia, puesto que los comentarios están enfocados a puntualizar sus diferencias con respecto a la familia de Efraín, y un poco con la de Carlos; como en la descripción que hace Efraín del curioso atuendo de su amigo al llegar a la ciudad:

Mi paisano había venido cargado con el sombrero de pelo color café con leche, gala de don Ignacio, su padre, en las semanas santas de sus mocedades. Sea que le viniese estrecho, sea que le pareciese bien llevarlo así, el trasto formaba con la parte posterior del largo y renegrido cuello de nuestro amigo, un ángulo de noventa grados. Aquella flacura; aquellas patillas enralecidas y lacias, haciendo juego con la cabellera más desconsolada en su abandono que se haya visto; aquella tez amarillenta descaspando las asoleadas del camino; el cuello de la camisa hundido sin esperanza bajo las solapas de un chaleco blanco cuyas puntas se odiaban; los brazos aprisionados en las mangas de una casaca azul; los calzones de cambrún con anchas trabillas de cordobán, y los botines de cuero de venado alustrado, eran causa más que suficiente para exaltar el entusiasmo de Carlos. (p. 99)

Mientras que Carlos pone demasiado empeño en su arreglo personal, a Emigdio eso lo tiene completamente sin cuidado. Para él lo verdaderamente trascendental son las tareas de la hacienda y de corral (“se le iban los ojos viendo la faena de los vaqueros”, p. 105). Cuando don Ignacio invita a Efraín a participar de estas diversiones, él se excusa agradeciéndole al mismo tiempo la invitación, con esto, lo que hace Efraín es distanciarse de alguien que, como Emigdio, gusta de realizar labores “impropias” a su posición de hacendado. Acertadamente como dice Abel Enrique Prieto “el rechazo cortés del señorito lo separa limpiamente de los bajos y rudos juegos de corral”⁶⁷. Don Ignacio también coincide en gustos con los trabajos del campo, en su retrato Efraín destaca la falta de gusto del personaje:

La exigua figura del rico propietario estaba decorada así: zamarros de león raídos y con capellada; espuelas de plata con rodajes encascabeladas; chaqueta de género sin aplanchar y ruana blanca recargada de almidón; coronándolo todo un enorme sombrero de Jipijapa, de esos que llaman cuando va al galope quien los lleva: bajo su sombra hacían la tamaña nariz y los ojillos azules de don Ignacio, el mismo juego que en la cabeza de un paletón [especie de tucán] disecado, los granates que lleva por pupilas y el prolongado pico. (pp. 104-105)

⁶⁷ PRIETO, art. cit., p. 368.

Otro aspecto que se destaca es la rudeza de modales y la desconsideración que muestra Emigdio hacia sus esclavos, acción que reprueba Efraín al detallar en modo muy realista su lenguaje tosco y grosero:

— ¡Choto! —gritó; y a poco se presentó un negrito medio desnudo, pasas monas, y un *brazo seco y lleno de cicatrices*.

—Lleva a la canoa ese caballo y límpiame el potro alazán.

Y volviéndose a mí, después de haberse fijado en mi cabalgadura, añadió:

— ¡*Carrizo con el retinto!*

— ¿Cómo se averió así el brazo ese muchacho? —pregunté.

—Metiendo caña al trapiche: *¡son tan brutos éstos! No sirve ya sino para cuidar caballos.* (p. 102) [Las cursivas son mías]

Ejemplo donde se resalta el ínfimo valor que significa el esclavo para el amo, a diferencia del trato que dan a sus esclavos Efraín y su familia. Mientras Efraín se muestra “preocupado” por el modo en que el esclavo se lastimó el brazo, Emigdio sólo reacciona indiferentemente ante la situación.

Lo que sí agrada a Efraín es la atención de Emigdio cuando le presenta antes del almuerzo “una negra engalanada el azafate pastuso con aguamanos, llevando pendiente de uno de los brazos una toalla primorosamente bordada”, (p. 102).

Por lo que concierne a la cuestión amorosa sabemos que habiendo olvidado a Micaelina, Emigdio se enamora de Zoila, una pueblerina a la que describe así: “se te haría agua la boca: sus ojos son capaces de hacer ver a un ciego; tiene la risa más ladina, los pies más lindos y una cintura que...” (pp. 106-107). A diferencia del amor de Efraín por María que es sublime, pues ella es castamente la “mujer tan pura y seductora”, en Emigdio raya en un erotismo más carnal. Además de que la “ñapanguita” [mestiza] no está a su nivel social —que al fin y al cabo es un rico propietario—, resulta más conveniente para Emigdio casarse con ella que con una “señora” a la cual tendría que servir (“en vez de *ser servido*”⁶⁸, p. 106), aunque para ello se enfrente a su padre. Esto indiscutiblemente provoca el asombro de Efraín: “¿Con una mujer del pueblo? ¿Sin consentimiento de tu padre?... Ya se ve: tú eres hombre de barbas, y debes saber lo que haces.” (p. 107). En ese desconcierto, que intenta mostrar algo de aceptación por las decisiones de su amigo, también hay desacuerdo por parte de Efraín: en el que por un lado sea capaz de transgredir los límites de su posición social —lo que él, ya veremos más adelante cuando lleguemos a Salomé,

⁶⁸ Cursivas mías.

ni siquiera pensaría—, y que por el otro su decisión lo lleve a enfrentarse a su propio padre, de lo cual Efraín tampoco sería capaz, ya que por acatar su resolución termina alejándose de María.

Respecto al lenguaje ya hemos notado la rudeza con que se expresa Emigdio, en otro ejemplo vemos que su saludo hacia Efraín es menos gentil y más íntimo “¡Por fin, so maula!” (p. 101). Si con base en las características que hemos venido analizando Carlos está por debajo de Efraín debido a su frivolidad e insensibilidad, Emigdio se ubica, según esta sociedad, en una posición inferior a la de Carlos porque dentro de todo éste sí es considerado “un caballero”; a esto hay que añadirle el contraste en su manera de hablar, donde las variaciones del lenguaje son rasgos que establecen también diferencias entre los niveles sociales⁶⁹, es decir, también son indicadores del nivel cultural y económico de los personajes.

⁶⁹ Como dice PRIETO “el castellano de Emigdio empieza a ser abierto a giros y vocablos del habla regional del pueblo inculto; esto es una barrera más que se alza entre el vaquero propietario y el poeta propietario. Las intenciones coloristas de este episodio muestran paralelamente que aunque son dueños de tierras, ganado y esclavos, proceden de raíces mucho más populares que las de la familia de Efraín y la de Carlos”. Art. cit., p. 368.

LA CLASE BAJA

FAMILIA DE JOSÉ. LOS PEQUEÑOS PROPIETARIOS

Si en los análisis anteriores vimos que las diferencias entre las familias giraban en torno a las condiciones que presuntamente la clase alta debía observar para ensalzarse no sólo dentro de su poderío económico, sino también en cuestiones que revelaran su alcurnia, cultura y espiritualidad, aquí hacemos el análisis de los estratos sociales inferiores, para ver la relación entre el nivel económico y las cualidades humanas.

Orden y limpieza

Al adentrarnos dentro del territorio de los montañeses, Efraín se deleita describiendo el ambiente montaraz que rodea su hogar. Ya no es la naturaleza armónica que enmarca el idilio amoroso, ni mucho menos la triste o desoladora que acompaña las premoniciones funestas del enamorado, se trata más bien de un espacio con el encanto y alegría que, según Efraín, puede proporcionar una granja:

Las vacas, hermosas por su tamaño y color, bramaban a la puerta del corral buscando sus becerros. Las aves domésticas alborotaban recibiendo la ración matutina; en las palmeras cercanas, que habían respetado el hacha de los labradores, se mecían las oropéndolas bulliciosas en sus nidos colgantes, y en medio de tan *grata algarabía*, oíase a las veces el grito agudo del pajarero, que desde su barbacoa y armado de honda, espantaba las guacamayas hambrientas que revoloteaban sobre el maizal.

Los perros del antioqueño le dieron con sus ladridos aviso de mi llegada. (p. 70)
[Subrayado mío]

Alrededor todo es ruido y movimiento, pero el narrador, quien recordemos es el mismo Efraín, lo considera agradable, contraste entre los juicios sobre la hacienda de Emigdio. Lo mismo ocurre en otra ocasión donde al terminar la cacería del tigre, el protagonista dormita en un colchón que las hijas de José le improvisan y describe: “Servíanme de *arrullo* el *rumor* del río, los *graznidos* de los gansos, el *balido* del rebaño que pacía en las colinas cercanas y los *cantos* de las

dos muchachas que lavaban ropa en el arroyo”⁷⁰, (p. 121), imágenes en las que hay un notorio grado de idealización, en gran medida debido a la amistad que siente Efraín hacia la familia de José.

El oficio de los montañeses son las labores del campo: José, el padre de familia —cuya “faz tenía algo de bíblico” (p. 71)—, estaba cuando no acomodando las verduras que vendía en el mercado, dedicado a sus cacerías. Y Luisa, su esposa, desgranaba junto con sus hijas el maíz, u ordeñaba a su vaca “Mariposa”. De ellos el narrador solamente describe el atuendo de las hijas Lucía y Tránsito:

Las muchachas [...] llevaban enaguas de zaraza morada y camisas muy blancas con golas de encaje ribeteadas de trencilla negra, bajo las cuales escondían parte de sus rosarios, y gargantillas de bombillas de vidrio color de ópalo. Las trenzas de sus cabellos, gruesas y de color de azabache, les jugaban sobre las espaldas, al más leve movimiento de los *pies desnudos*⁷¹, cuidados e inquietos. (p. 71) [subrayado mío]

Sin ser un reproche, con esto Efraín pone en evidencia el que a diferencia de ellas su María solía ocultar pudorosamente los pies. La situación es obvia, María pertenece a una clase superior.

El hogar de los antioqueños denota la pobreza de la familia y su mala fortuna, que dice Efraín era aceptada jovialmente por la esposa de José: “dejaba comprender que estaba contenta con *su suerte*”⁷² (p. 71).

En la “pequeña vivienda”, ubicada entre verdes colinas, Efraín destaca la limpieza y el orden que imperaba en ella, de nuevo un contraste con el abandono, desorden y mal gusto en que Emigdio tenía a sus animales y su propiedad.

La pequeña vivienda denunciaba *laboriosidad, economía y limpieza*: todo era *rústico, pero estaba cómodamente dispuesto, y cada cosa en su lugar*. La sala de la casita, perfectamente barrida, poyos de guadua alrededor, cubiertos de esteras de junco y pieles de oso, algunas estampas de papel iluminadas, representando santos y prendidas con espinas de naranjo a las paredes sin blanquear, tenía a derecha e izquierda la alcoba de la mujer de José y la de las muchachas. La cocina formada de caña-menuda y con el techo de hojas de la misma planta, estaba separada de la casa por un huertecillo donde el perejil, la manzanilla, el poleo y las albahacas mezclaban sus *aromas*. (pp. 70-71) [Las cursivas son mías]

⁷⁰ Cursivas mías.

⁷¹ Sobre esta mirada erotizada del narrador volveré más adelante.

⁷² Cursivas mías.

Si ya vimos el valor positivo que Efraín le da al “ver” unos animales bien alimentados, y al “grato” alboroto que sus “ruidos” producían, ahora también rescata el “olfato” al resaltar el agradable aroma que despedían las hierbas del huerto.

La casita es rústica y con una decoración bastante sobria, pero aquí el narrador resalta de nuevo la “economía” de la familia y la comodidad, que a pesar de su forzosa sobriedad, posee el campirano hogar. En oposición a esto tenemos la costosa hacienda de Carlos que Efraín menosprecia por su ostentoso arreglo con “poco gusto y arte”.

El interés por los alimentos comienza a ser más frecuente, ya con Emigdio se había detenido Efraín a describir las comidas, pero si en ese caso apuntó que no “hubo grandezas”, ahora parece tener por más valioso un almuerzo sencillo pero apetitoso en compañía de la jovial familia:

Las provisiones eran blancas y moradas masas de choclo, queso fresco y carne asada con primor: todo ello fue puesto sobre hojas de platanillo. Sacó en seguida de entre una servilleta una botella de vino tinto, pan, ciruelas e higos pasos (p. 119)

A nuestro regreso encontramos servido en la única mesa de la casa el *provocativo almuerzo*. Campeaba el maíz por todas partes: en la sopa de mote servida en platos de loza vidriada y en doradas arepas esparcidas sobre el mantel. *El único cubierto del menaje estaba cruzado sobre mi plato blanco y orillado de azul [...]* Apurado el vaso de espesa y espumosa leche, postre de aquel almuerzo patriarcal, José y yo salimos (pp. 71-72).

[en las comidas en casa de José] yo hacía en ellas parte de la familia y sin aparatos en la mesa, *salvo el único cubierto que se me destinaba siempre*, recibía mi ración de frisoles, mazamorra, leche y gamuza de manos de la señora Luisa, sentado ni más ni menos que José y Braulio, en un banquito de raíz de guadua. *No sin dificultad los acostumbré a tratarme así.* (p. 113)

Bajo esta situación, las comidas parecieran aderezarse más debido a las atenciones que los campesinos le muestran a Efraín. Él enfatiza la dificultad con que los “acostumbró” a tratarlo familiarmente, y al tiempo que pretende mostrar la naturalidad y la cercanía de su trato con ellos cae en contradicción al advertir que los antioqueños observaban ciertas diferencias hacia él, atenciones que él admite dada su posición, tal como la aceptación del “único cubierto” de la casa. Si bien el trato siempre es afectuoso, es normal encontrar ejemplos sobre esa “distancia” entre clases: “me servían llenas de cuidado, tratando de adivinarme en los ojos lo que podía faltarme” (p. 72).

A pesar de la gran cantidad de parejas, y dado que el romance de los protagonistas tiene un final funesto, resulta curioso que sólo Braulio y Tránsito, y Bruno y Remigia, esclavos en la

hacienda de Efraín, logren llevar a cabo su matrimonio; pero no son las únicas que pueden culminar en casamiento, también tienen posibilidades Salomé y Tiburcio; Lucía, la otra hermana Tránsito, con el hermano menor de Braulio; y el boga Laureán, con Rufina, la hija del ex-esclavo Bibiano; en cambio nada podemos asegurar sobre el desenlace de los amores de Emigdio y Zoila, dadas las dificultades que impone la desigualdad social, y mucho menos de los del calculador e inconstante Carlos con la bogotana y citadina Matilde.

Braulio y Tránsito repiten en su hogar los rasgos positivos que Efraín advirtió en casa de José: “la sencillez, limpieza y el orden: todo olía a cedro, madera de que estaban hechos los rústicos muebles, y florecían bajo los aleros macetas de claveles y narcisos” (p. 278). En la descripción que Efraín hace de Braulio, ambos de la misma edad, encontramos rasgos que el protagonista aprecia: es “manso de carácter, apuesto, e infatigable en el trabajo”, (p. 112), y que igual que su tío José, mostraba en su fisonomía toda su “nobleza”.

Existen pocas diferencias lingüísticas entre la familia de José y la de Efraín, entre las principales se encuentran ciertos giros y regionalismos como el “*zumba*” con que José corre al perro (p. 114), el “*hubí*” con que enardece a los perros en la cacería, “*timanejo*”, que significa oriundo de la provincia de Neiva, la interjección “*He*”, y otras como en la frase siguiente: “No, no... ¡si es *mecha*! [broma]. ¡Santísimo patriarca! ¡qué animal tan bien criado! ¡*Hij’un demonio*! ¡Si te toca ni se sabe!” (p. 118). Esta escasez de diferencias en el lenguaje resulta como piensa Seymour Menton⁷³ un reflejo de las relaciones amistosas entre las dos familias.

En general, podemos observar que la forma en que Efraín ve a los campesinos es sumamente favorable, de ellos suele destacar siempre virtudes como la laboriosidad, la limpieza y la amabilidad que muestran hacia su familia. A primera vista parecería que el aprecio mostrado por el protagonista es signo de que ha eliminado las barreras sociales que se definen con la situación económica, pero en una lectura detenida esto continúa siendo un inconveniente, pues aunque son vistos benévolamente por Efraín, se confirman “diferentes”, es decir por debajo de las familias ricas, ya que como clase menor mantienen, y así debe ser, un trato diferente hacia las que son “superiores”. Recordemos la negación de esta familia para aceptar los caballos de Efraín, y la nula insistencia por parte de éste, es decir, a pesar de las cortesías, hay una distancia social imposible de disolver en clases tan distintas.

⁷³ MENTON, art. cit., p. 266. En el artículo también se analizan otras diferencias lingüísticas.

Esta es la última de las familias, aquí saltan a la vista diferencias raciales con respecto a las anteriores: que son mulatos, uno de los motivos principales por el cual ocupan este lugar en la escala, más todavía si notamos que a partir de aquí los que faltan en la escala social son los personajes que no tienen piel “blanca”. Pero existen otros aspectos, además del mencionado, que ponen en evidencia la diferencia de clases de esta familia con respecto a las primeras, entre ellas su estilo de vida, en relación con su nivel económico, y su habla casi dialectal con giros pintorescos.

Lo coloquial y la candidez

La primera descripción que nos da Efraín de Custodio (implicando siempre un afán costumbrista) denota su condición de campesino: “llevaba camisa de listado azul, los calzones arremangados hasta la rodilla y el capisallo atravesado a lo largo sobre los muslos” (p. 253). Su figura, lejos de la faz “bíblica” de José, es más rural y pobre. Alguna vez fue jornalero en “la chagra de ñor Murcia” (p. 255), es dueño de una finquita con su huerta, posee algo de ganado, y le acababa de comprar un terrenito algo seco (denominado “rastroy”) a don Jerónimo, mismo que dice va a poder regar gracias a la bondad del padre de Efraín. Pero sus pequeñas posesiones no son suficientes para aliviar su pobreza, que es de lo primero que se queja:

El tiempo está de lo pésimo. Hágase cargo: la miel a real; la rapadura, no se diga; la azucarita que sale blanca, a peso; los quesos, de balde; y los puercos tragándose todo el maíz de la cosecha, y como si se botara al río. Los balances de su comadre, aunque la pobre es un riglete, no dan ni para velas; no hay cochada de jabón que pague lo que se gasta; y esos garosos de guardas, tras del sacatín que se las pelan” (pp. 253-254)

De la casita de Custodio se destaca también la limpieza y que estaba recién pintada, pero la descripción, aparte de muestra costumbrista —como lo son tantas otras—, denota aún más la pobreza y humildad de sus dueños, tanto más que la de José porque al menos la otra estaba dispuesta “cómodamente”:

Era pajiza la casita de la chagra y de suelo apisonado, pero muy limpia y recién enjalbegada: así rodeada de cafetos, anones, papayuelos y otros árboles frutales, no faltaba a

la vivienda sino lo que iba a tener en adelante, esperanza que tan favorablemente había mejorado el humor de su dueño: agua corriente y cristalina. La salita tenía por adorno algunos taburetes aforrados en cuero crudo, un escaño, una mesita cubierta por entonces con almidón sobre lienzo, y el aparador, donde lucían platos y escudillas de varios tamaños y colores.

Cubría una alta cortina de zaraza rosada la puerta que conducía a las alcobas, y sobre la cornisa de ésta descansaba una deteriorada imagen de la Virgen del Rosario, completando el altarcito dos pequeñas estatuas de San José y San Antonio, colocadas a uno y otro lado de la lámina. (p. 260)

En el ejemplo dado, nótese que Efraín no puede evitar hacer mención —con cierta presunción— del acto caritativo de su padre hacia Custodio por darle permiso de usar el agua (lo único que le “faltaba a la vivienda”). Por otro lado, no sólo lo rústico del hogar es signo de su pobreza, también lo son el ruido y cierto barullo que impera en todo el hogar:

—Pierda cuidado, le respondí haciendo llegar al corredor mi caballo, al cual espantaba la ropa colgada por allí. (p. 259)

Pasadas las horas de calor, a las cuatro de la tarde, *era la casa una revuelta arca de Noé*: los patos empezaron *a atravesar por orden de familias la salita*; las gallinas *a amotinarse en el patio y al pie del ciruelo*, donde en horquetas de guayabo descansaba la canoíta en que estaba comiendo maíz mi caballo; los pavos criollos se pavoneaban inflados y devolviendo *los gritos* de dos loras maiceras que llamaban a una Benita, que debía de ser la cocinera, y los cerdos *chillaban* tratando de introducir las cabezas por entre los atravesanos de la puerta de golpe. A todo lo cual había que añadir los *gritos* de mi compadre al dar *órdenes* y *los de su mujer espantando* los patos y *llamando* las gallinas. (p. 271) [Las cursivas son mías]

Mientras que con Emigdio el desorden es visto como una falta imperdonable para una familia adinerada, y con José el ruido es la “grata algarabía” que rodea el hogar bíblico, para el narrador resulta desagradable la confusión de los gritos de Custodio y su mujer: la “rolliza” Candelaria, en medio del alboroto y bullicio de los animales, descripciones con las que muestra su rechazo. No así con la comida, que pese a su sencillez le resulta atractiva y agradable a “la vista” —porque en lo que al sentido del gusto se refiere recordemos que hay omisión—: “Durante la comida tuve ocasión de admirar, entre otras cosas, la habilidad de Salomé y mi comadre para asar pintones y quesillos, freír buñuelos, hacer pandebono y dar temple a la jalea” (p. 270).

El trato de Custodio y su familia hacia Efraín es más confianzudo y menos tímido que el de José, pero las consideraciones a su clase son de otro tipo: Custodio le cuenta su problema con Salomé, y ella a su vez le relata sus penas amorosas con Tiburcio, los dos con la esperanza de que Efraín les de buen fin; esto es, que los dos ponen en manos del otro sus problemas: “Usted es

caballero de veras y mi amigo, y se lo voy a contar, en vez de írselo a contar al señor cura” (p. 254), como si debido a su rango, el señorito fuera el más capacitado para darles una solución satisfactoria: “y por eso le cuento a usted todo para que me saque con bien” (p. 256). Efraín, que acepta fácilmente la autoridad cedida sobre esos asuntos, se toma muy en serio el encargo, ya que verdaderamente se empeña en deshacer los hilos logrando que la sensual Salomé se case con Tiburcio.

Como en el lenguaje encontramos un habla mucho más dialectal que con José, y éste se va alejando del que usa la familia de Efraín, podemos decir que la “degradación” está estrictamente relacionada con el nivel social, como ya mencionamos señala Seymour Menton, quien además analiza más detalladamente los rasgos lingüísticos de esas diferencias⁷⁴, lo que podemos apreciar en el siguiente ejemplo:

Y yo que por poco no salgo de estos montarrones, dándome forma de topar esa manera *indina* que ya se volvió a *horrar*: pero en el trapiche me las ha de pagar todas juntas. Si no acierto a pasar por el llanito de la puerta y a ver los gualas, *hastora* estaría haraganeando en su busca. Me fui de *jilo*, y dicho y hecho: medio comido ya el muleto, y tan bizarrote que parecía de dos meses. (p. 253) [Las cursivas son mías]

Curiosamente, al entrar en contacto Efraín con este círculo social, muestra una especie de *mimesis* lingüística con ellos. Digamos que es una actitud un tanto camaleónica por parte del protagonista para acortar la distancia que lo separa con estos personajes al adoptar parte de su lenguaje: “No se le dé nada, compadre, que muletos le han de sobrar y años para verlos de recua” (p. 253). En todo caso, es éste otro intento del señorito por mostrarse amigable para con la clase inferior, pero ya no debe extrañarnos que a pesar de ello el trato nunca sea de iguales.

Hay que resaltar cierto infantilismo en los personajes que es tratado benévolamente por el narrador. Lo encontramos en la ingenuidad de sus supersticiones, como su creencia de que la vieja Dominga, de las que “usan polvos”, “ojeó” al mico de Candelaria —de lo cual piensa lógicamente Efraín debió haber sido algún alacrán que se comió—; y el que ellos suponen que con sus

⁷⁴ Cf. SEYMOUR MENTON. En Custodio dice que “la *d* final y la intervocálica se pierden: *usté, verdá, echao, empeñao, deónde*; la elisión: *lagua, lalma, hastora*; los arcaísmos *mesmo* y *agora*; los diminutivos en *-ico*: *pacatica, mulatico, “enanticos* que fui”; los regionalismos *tembo* por ‘bobo’, y Ñor Murcia. Salomé emplea la elisión: *l’agua, l’ala, l’oye*; los arcaísmos: *vido, velay, ansina, en ainas*, y los giros pintorescos: *malmodoso, piquicaliente, “entromparme con usted”*.” *Ibid.*, p. 267.

brujerías también esté ayudando a Justiniano en sus malas intenciones con Salomé. Lo mismo sucede con la ingenuidad con que Salomé le justifica a Efraín sus celos hacia Tiburcio:

—Pero porque le parezcas bonita tú, en lo cual maldita la gracia que hace, ¿han de perecerle también bonitas cuantas ve?

—Por eso.

Yo me reí de la respuesta

[...]

A mí nadie me quita de la cabeza que si ñor José lo consintiera, ese veleidoso se casaría con Lucía, y a no ser porque Tránsito es ajena ya, hasta con ambas, si lo dejaran. (p. 266)

Un aspecto ampliamente destacable en este nivel son las descripciones que Efraín hace de la sensual Salomé:

Esto decía, sin mirarme de lleno, y entre alegre y vergonzosa, pero dejándome ver, al sonreír su boca de medio lado, aquellos dientes de blancura inverosímil, compañeros inseparables de húmedos y amorosos labios: sus mejillas mostraban aquel sonrosado que en las mestizas de cierta tez escapa por su belleza a toda comparación. Al ir y venir de los desnudos y mórbidos brazos sobre la piedra en que apoyaba la cintura, mostraba ésta toda su flexibilidad, le temblaba la suelta cabellera sobre los hombros, y se estiraban los pliegues de su camisa blanca y bordada. Sacudiendo la cabeza echada hacia atrás para volver a la espalda los cabellos, se puso a lavarse las manos, y acabándoselas de secar sobre los cuadriles (p. 261)

A diferencia de María, Salomé no oculta sus brazos desnudos, ni la belleza de sus pies que su falda dejaba visibles “hasta arriba de los tobillos” (p. 263), pero no por falta de vergüenza, sino por naturalidad. La mirada de Efraín opta por hacer descripciones más recatadas de María, mientras que con Salomé se desinhibe casi por completo: reparando en “sus lunares, y aquel talle y andar, y aquel seno” (p. 262), encantos de los que irónicamente dice “alma ninguna podía ser *más ciega* y sorda que la mía” (p. 270). Y sin embargo, al resaltar Efraín tantas “virtudes” de Salomé, está descubriendo la atracción que sentía por ella.

Salomé, además de bonita, tiene una “voz melodiosa” (p. 259), movimientos graciosos (p. 270), y cierta coquetería natural; pero está lejos de parecerse a María por su condición social y el erotismo que despierta en Efraín:

En el largo episodio de Salomé, sensual y coqueta, se vislumbra el deseo, sin nubarrones espirituales ni románticos. La deseada tiene que ser precisamente una mulata, hija de un

pobrete como Custodio. La señorita María está reservada a las musas y a la tumba: el sello definitivo de su pureza.⁷⁵

María puede intentar mostrarse vergonzosa ante Efraín, pero no Salomé, por algo él le dice “déjate de monadas” (p. 267). Efraín podrá notar las cualidades de Salomé, pero no podría verla “seriamente” por lo ya mencionado, y porque su posición social le impide siquiera imaginar la trasgresión de clases que implicaría “enamorarse” de alguien como ella: “crees que yo pueda estar enamorado de Salomé” (p. 273), o al enterarse de que Justiniano (hermano de Carlos) está interesado en ella afirma que “eso no está bueno” (p. 256). Así mismo, ella comprende que la barrera racial y social que los separa es enorme: “si yo fuera blanca, pero bien blanca; rica, pero bien rica... sí que lo querría a usted; ¿no?” (p. 268).

Aunque los modos graciosos y creencias de la familia son vistos por Efraín con cierta simpatía, él percibe su pobreza y estilo de vida como rasgos prácticamente negativos, y la distancia social se ejemplifica, además, por la comparación que ejerce su mirada entre la heroína María y la mulata Salomé. Si bien muestra un trato amistoso y lo une a ellos un lazo de padrinazgo, se concibe diferente al mostrar la imposibilidad de que su clase se mezcle con la “inferior”, y dificultad para resolver sus propios problemas.

ESCLAVOS Y LIBERTOS.

*En otras palabras, nada es tan propio del esclavo
como la servidumbre.*

VIOLA KLEIN

A partir de aquí nos adentramos en los niveles más bajos de la escala social. Hemos dejado atrás a las familias para entrar en el terreno de personajes desarraigados del núcleo familiar. Su situación es bastante compleja, pues si por un lado no parecen ser propiamente esclavos —a diferencia de los que encontramos por ejemplo en la hacienda azucarera de Efraín o los que están bajo el mando de Emigdio y Carlos—, tampoco podemos decir que se trata de personajes que disfruten de una

⁷⁵ PRIETO, art. cit., p. 371.

libertad llana, pues en lugar de ello se mantienen bajo lo que parece seguir siendo una esclavitud “benevolente”.

Los esclavos de la plantación

Aquí nos encontramos ante una curiosa situación, pues tratándose de esclavos, reciben un trato amable y diferente, tomando en cuenta que es una clase que aún tiempo después de decretarse la abolición de la esclavitud en Colombia (1851) carecían de derechos y era considerada básicamente un medio de trabajo.

En la novela, y únicamente de parte de la familia de Efraín, hay una relación amo-esclavo diríamos “buena”, pues recordemos que Emigdio, por ejemplo, no mostraba la menor atención hacia ellos. En cambio esta familia muestra una actitud cuasi-paternalista para con sus esclavos, preocupándose por que estuvieran “bien vestidos” y contentos, acciones que el narrador reconoce tenían un límite y ocurrían sólo en la medida de sus comodidades: “hasta donde es posible starlo”. Sin embargo, esas relaciones llegan a la idealización pues los esclavos lejos de “servir” simple y llanamente, cual sería la relación de trabajo, muestran una extraña conformidad con su situación: “eran sumisos y afectuosos para con su amo” (p. 60). En estas relaciones amo-esclavo, ocurre lo que Roberto Schwarz denomina “favor”, del cual dice lo siguiente:

*El favor es nuestra mediación casi universal, y al ser más simpático que el nexa esclavista, la otra relación que la colonia nos legara, es comprensible que los escritores hayan basado en él su interpretación del Brasil, disimulando involuntariamente la violencia, que siempre reinó en la esfera de producción*⁷⁶.

El caso de la literatura brasileña es aplicable a esta novela. Es decir que, por medio de ciertas “concesiones” hacia los esclavos, la familia logra “disimular” lo amargo de la esclavitud, aligerando un tanto sus desventajas, pero sin perder su principal característica: la forzosa enajenación. Vemos que las relaciones esclavistas ocurren bajo una forma no violenta, así, en lugar de maltrato tenemos a unos “esclavos, bien vestidos y contentos, hasta donde es posible starlo en la servidumbre, [al tiempo que] eran sumisos y afectuosos para con su amo” (p. 60).

⁷⁶ ROBERTO SCHWARZ analiza las relaciones entre el latifundista y el esclavo dentro del contexto brasileño. V. “Las ideas fuera de lugar”, en *Absurdo Brasil: Polémicas en la cultura brasileña*, sel., trad. y pról. de Adriana Amante y Florencia Garramuño, Biblos, Buenos Aires, 2000.

Aunque afectiva, en esta relación siempre está presente la distancia que determina la posición de clase: “Pude notar que mi padre, sin dejar de ser amo, daba un trato cariñoso a sus esclavos, se mostraba celoso por la buena conducta de sus esposas y acariciaba a los niños” (p. 61). La conciencia clasista nunca se aleja de esta familia, y aunque reconoce que su “buen trato” hacia los esclavos es un gesto humanitario, nunca traspasan las fronteras sociales. Y en este sentido podemos pensar que el espacio de la novela, particularmente el Valle, funciona como una especie de arcadia, prevaleciendo por sobre todo la felicidad y una convivencia claramente pacífica.

Por lo que respecta a las costumbres de estos personajes, Efraín no evita implicar el concepto de barbarie en los personajes al adjetivar su música como “semisalvaje”, si por un lado cierto gusto por lo exótico lo lleva a apreciarla, por el otro, como rasgo “incivilizado” resulta desaprobatorio. Lo mismo ocurre cuando observa que esta gente suele llevar una vida bastante “despreocupada” y sin más inquietudes que gozar de vez en cuando un poco de música y baile:

— ¿Y ya nada más deseas?

— Su merced verá.

— El cuarto que te ha señalado Higinio ¿es bueno?

— Sí, mi amo.

— ¡Ah! Ya sé. Lo que quieres es baile.

Rióse entonces Bruno, mostrando sus dientes de blancura deslumbrante, volviendo a mirar a sus compañeros. (p. 62)

En suma, aún cuando parece que el trato entre las dos clases tiene una base de “amabilidad”, se puede observar que la conciencia clasista del protagonista determina que el esclavo proviene de una clase inferior dada su situación social, y aunque ineludible, bajo esta situación la “ventaja” es que ellos “gozan” de un “mejor” trato que el que pueden tener los esclavos de los demás hacendados.

Feliciano, Juan Ángel y Estefana

Feliciano, o Nay, es un personaje libre. Cuando iba ser llevada a Norteamérica para ser vendida como esclava, el padre de Efraín, conciente de que las leyes de su país prohibían el contrabando, pacíficamente opta por comprar a Feliciano, y acto seguido le otorga su libertad, gesto que se destaca a todas luces como admirable:

Mi padre allanó todo con dinero. Firmado por el norteamericano el nuevo documento de venta con todas las formalidades apetecibles, mi padre escribió a continuación una nota en él y pasó el pliego a Gabriela para que Nay la oyese leer. En esas líneas renunciaba al derecho de propiedad que pudiera tener sobre ella y su hijo.

Impuesto el yankee de lo que el inglés acababa de hacer, le dijo *admirado*:

—*No puedo explicarme la conducta de usted. ¿Qué gana esta negra con ser libre?*

—Es —le respondió mi padre— que *yo no necesito una esclava sino una aya que quiera mucho a esta niña.* (p. 234) [Las cursivas son mías]

Sin embargo ella decide ceder su libertad en “agradecimiento” a una acción que indefectiblemente merece ser recompensada. Si en teoría es libre, su situación es la misma que la de cualquier otro esclavo al amparo de la familia de Efraín, es decir tan benéfica como sea posible decirlo bajo estas circunstancias. En el ejemplo se aprecia de nuevo la intención de fondo por mostrar la superioridad de esta familia, ya que el padre de Efraín ha realizado un gesto extraordinario.

Definir si Juan Ángel es o no esclavo es hasta cierto punto problemático, pues cuando el padre de Efraín pagó la libertad de Felicianita “las leyes del país prohibían desde 1821 la importación de esclavos; y en tal virtud Nay y su hijo eran libres” (p. 233). Y dos capítulos más adelante, cuando Efraín relata la muerte de Felicianita, dice que su padre le había hecho saber a Juan Ángel “que era completamente libre, aunque la ley lo pusiera bajo su cuidado por algunos años, y que en adelante debía considerarse solamente como un criado de nuestra casa” (p. 239). Ciertamente este es un descuido por parte de Isaacs, según lo anota Donald McGrady en la edición de *María* que venimos citando⁷⁷. Ya sea que dadas las leyes Juan Ángel fuera libre, o que la ley le otorgara su libertad hasta alcanzar la mayoría de edad, lo cierto es que su situación es la misma que la de un esclavo (que ya vimos si no son tratados con crueldad, tampoco son “libres” en toda la extensión de la palabra). No habría diferencia entre el estilo de vida de los esclavos y los sirvientes libres (a no ser por el título de libertad) como ya lo vimos ocurre con Felicianita. Y si Estefana (*sic.*) es esclava, puesto que era hija de esclavos (p. 153), podemos pensar que, dado que ella y Juan Ángel reciben el mismo trato “bondadoso” y realizan las mismas labores, cada uno con sus respectivos amos (Estefana a María, y Juan Ángel a Efraín), la situación de Juan Ángel se deba a que se encuentra en la misma situación que Estefana.

⁷⁷ Ver nota al pie de la página 239, cap. XLV.

De ellos también sabemos que aunque tienen cerca de 12 años, son vistos bajo una perspectiva de “niños” pequeños, casi diríamos muñecos:

Era Estefana (*sic.*) una negra de doce años, hija de esclavos nuestros: su índole y belleza la hacían simpática para todos. Tenía un afecto fanático por su señorita María, la cual se esmeraba en *hacerla vestir graciosamente*. (p. 153)

Fue necesario acercarme a él y decirle, *mientras lo acariciaba enjugándole las lágrimas*:

No es tu madre ésa que ves ahí; ella está en el cielo, y Dios no puede perdonarte esa desesperación.

— ¡Me dejó solo! ¡me dejó solo! —repetía el infeliz.

—No, no —le respondí—: *aquí estoy yo, que te he querido y te querré siempre mucho: te quedan María, mi madre, Emma... y todas te servirán de madres*. (pp. 238-239)

En estos ejemplos podemos ver una actitud paternalista en María y Efraín. Y en ello se percibe cierto aspecto negativo ya que se les hace ver como una especie de niños indefensos que requieren del cuidado de sus amos. En el periodo alrededor de la abolición de la esclavitud surgen polémicas acerca de lo que se creía “incapacidad” de los esclavos para decidir su propio destino⁷⁸, situación que bien puede reflejarse aquí, ya que tanto Juan Ángel y Estefana, como todos los esclavos de la plantación, son mostrados como personajes que necesitan el amparo y el cuidado de un amo, y aquí la familia de Efraín se encarga de realizar la tarea pero intentando llevarla a cabo de una manera más humana y bondadosa.

Por otro lado en la historia de Nay y Sinar, vemos que ellos dos deciden convertirse al cristianismo, cambio al cual se les destaca en espiritualidad y virtud por sobre los demás de su tribu, acorde con lo que dice Françoise Pérus de que la “ignorancia” y el “salvajismo” sólo pueden ser curados por medio de la conversión. Según esta idea a lo “civilizado” se le atribuyen “las virtudes del orden religioso natural”⁷⁹, y al “salvajismo”, por el contrario, se le relaciona con la ignorancia y la barbarie, situación que se puede vincular también con las sangrientas guerras y los sacrificios humanos que hacían las tribus africanas. Estirando un poco esta idea podría verse la pérdida de la libertad y hasta la muerte de los personajes como una especie de especie de “castigos” divinos; mientras que la redención sería resultado de la catequización, incluyendo el “exilio” a tierras pías, o la muerte siendo fiel creyente. Siguiendo esta línea se puede decir que

⁷⁸ V. TIRADO, art. cit., p. 341.

⁷⁹ FRANÇOISE PÉRUS, “*María o la negación del espacio novelesco*”, en *Revista de Filología Hispánica*, El Colegio de México, México, núm. 2, 1987, Tomo XXXV. p. 730.

Nay se “salva” en el sentido de que se libra de ser llevada a Norteamérica, donde indefectiblemente sería esclava, en vez de eso recibe su libertad y llega a un hogar cristiano donde es tratada con “bondad”⁸⁰, todo gracias a su conversión voluntaria al cristianismo. Aunque al final, la situación no resulta del todo favorecedora si se piensa que a pesar de ser “libre” pareciera estar atada y condenada por fuerzas extrañas a permanecer en el destierro en tierras lejanas.

Si con esto se establece la supremacía de la religión cristiana, también ocurre cuando el padre de Efraín consuela con su religión a su primo Salomón por la pérdida de su esposa:

Mi padre lo encontró desfigurado moral y físicamente por el dolor, y entonces *su nueva religión le dio consuelos para su primo, consuelos que en vano habían buscado los parientes para salvarlo*. Instó a Salomón para que le diera a su hija a fin de educarla a nuestro lado; y se atrevió a proponerle que la haría cristiana. Salomón aceptó diciéndole: «Es verdad que solamente mi hija me ha impedido emprender un viaje a la India, que mejoraría mi espíritu y remediaría mi pobreza: también ha sido ella mi único consuelo después de la muerte de Sara; pero tú lo quieres, sea hija tuya. *Las cristianas son dulces y buenas, y tu esposa debe de ser una santa madre. Si el cristianismo da en las desgracias supremas el alivio que tu me has dado, tal vez yo haría desdichada a mi hija dejándola judía. [...]*» (p. 66) [Las cursivas son mías]

Regresando al tema de la esclavitud vemos que Isaacs-Efraín no está condenándola como sistema social, pues en todo caso hace uso de él y no de otro sistema de trabajo como el del peón asalariado. Ni siquiera otorga, al menos simbólicamente, la libertad a todos sus esclavos, y como hecho imposible que es, se conforma con darles un trato “amable” y por ende agradable para ellos, que a su vez aparenta cierta concesión de libertad en tanto que ellos no se ven forzados a realizar trabajos rudos, es decir que no es una esclavitud con maltrato, y de hecho, nunca los vemos “trabajando”, o al menos no en las faenas de la hacienda. Sin embargo, con esta actitud Efraín vuelve a insertarse en la actitud clasista, pues esa “bondad” reaparece como una especie de aura de la distinción aristocrática que rodea a la familia. A este propósito, traigamos una cita de Abel Enrique Prieto que explica que la bondad confiere otra distinción: “El papel de bueno, de jerarca con sentimientos nobles y humanitarios, es cómodo; revela alcurnia espiritual”⁸¹.

⁸⁰ De este asunto me acabo de referir más arriba

⁸¹ PRIETO, art. cit., p. 360.

Los bogas son el último nivel de la escala social. Cortico y Laureán, son trabajadores independientes, pues no viven bajo el amparo de un amo, sino más bien a su suerte en medio de una naturaleza salvaje. Su oficio es conducir una canoa a través del río Dagua. Y entre las características que se destacan de ellos están sus extrañas costumbres y su lenguaje prácticamente dialectal.

Superstición y lenguaje dialectal

El Dagua, zona selvática y peligrosa en donde habitan estos personajes, es el mismo al cual se refirió Isaacs en varias ocasiones al hablar de los momentos difíciles que vivió durante la construcción de la carretera. Podríamos decir que la situación de los bogas es la opuesta a la de los esclavos de la hacienda, pues aunque pobres, se las ingenian para sobrevivir en las riberas de este río sumamente peligroso.

Estos personajes, ampliamente rústicos pero de carácter alegre, muestran en su habla un carácter netamente dialectal. Hay que resaltar este interés del narrador a lo largo de toda la novela en poner especial atención al lenguaje, aquí del de los bogas, lo que a su vez refleja también su posición social y un diferente estilo de vida y costumbres. Un ejemplo del habla colorida de estos personajes se puede apreciar en la siguiente canción:

Se no junde ya a luna;
Remá, remá.
¿Qué hará mi negra tan sola?
Llorá, Llorá.
Me coge tu noche oscura,
San Juan, San Juan.
Oscura como mi negra,
Ni má, ni má.
La lú de su s' ojo mío
Der má, der má.
Lo relámpago pieren.
Bogá, bogá. (p. 297)

Seymour Menton analiza las variaciones fonéticas de éstos personajes y también acepta que es en los bogas donde se encuentra la mayor cantidad de ellas⁸².

Por otra parte, al observar Isaacs las costumbres de estos personajes pone de relieve el atraso de sus creencias y superchería, las cuales reprueba por inútiles, ineficaces y bárbaras.

Era inútil averiguar si Laureán y Gregorio (Cortico) eran curanderos, pues apenas hay boga que no lo sea, y que no lleve consigo colmillos de muchas clases de víboras y contras para varias de ellas [...] y otras yerbas que no nombran y que conservan en colmillos de Tigre y de caimán ahuecados. Pero eso no basta a tranquilizar a los viajeros, pues es sabido que tales remedios suelen ser ineficaces, y muere el que ha sido mordido, después de pocas horas, arrojando sangre por los poros, y con agonías espantosas. (p. 302)

A su piel le atribuye la característica de ser una defensa natural ante las inclemencias del clima, tan propias del lugar, como su tolerancia ante los salvajes mosquitos —cual si sólo por este motivo fueran los más capaces de sobrevivir en el medio hostil—: “El color y otras condiciones de la epidermis de los negros, los defienden sin duda de esos tenaces y hambrientos enemigos, pues seguí observando que apenas se daban por notificados los bogas de su existencia” (p. 301).

Si este grupo es ubicado hasta el final de la escala social, se debe a que lingüísticamente, su uso del lenguaje, aunque interesante (de ahí la atención prestada), es un rasgo degradado dentro de la escala de valores sociales que se ha analizado —por algo sólo la familia de Efraín y la de Carlos mantienen una pureza del lenguaje—. Pero también se debe a que sólo aquí el narrador-Efraín desaprueba abiertamente las costumbres de un grupo social, viéndolas no solamente como un rasgo “curioso” que por sí mismo establezca una diferencia de clases (por no pertenecer a su nivel), sino como prácticas con las que se muestra evidentemente en desacuerdo. Es decir que están en el último nivel social, en parte porque su uso del lenguaje es distinto y deformado respecto al parámetro de la familia principal, y porque en sus costumbres se incluyen prácticas que considera falsas y ligadas a la barbarie.

⁸² MENTON encuentra las siguientes variaciones: “1) Se pierden varias consonantes finales: *d, r, s, z*: *mercé, bogá, señó*, cantemo’pué, *Jesú, lú*. 2) Se pierden *d* y *dr* intervocálicas: *cantao, metío, armáa, comáe*. 3) La *l* final o en grupo consonántico se cambia en *r*: *der má, carrizar*, Ansemo, *branco*. 4) Arcaísmos: *quere, mesmo*, oscuro, “*ansina no ma*”. 5) Se conserva la aspiración proveniente de *f* latina inicial: *junde*”. Art. cit., p. 267

LAS MUJERES

—¿Quiere usted casarse conmigo? ¿Es usted rica?
Conteste primero a la segunda pregunta.

Groucho Marx

Es notorio que en la novela predomina el mundo masculino, y generalmente el espacio de las mujeres está supeditado al entono hogareño. Lucía y Tránsito, dice Efraín, al crecer se habían convertido en “mujeres oficiosas” —así como su madre Luisa—; lo mismo sucede con Salomé y Candelaria, dedicadas a las labores caseras. María y sus hermanas preparan “colaciones y cremas” y practican costura junto a su madre. Costumbres todas muy acordes a la época.

Centrémonos en la protagonista María, ella es el prototipo ideal de la mujer romántica. Dice Mirta Yáñez que la heroína romántica heredó los rasgos medievales de inferioridad, bajo esta concepción, en lo único que podía ser superior era en belleza física o a través de su capacidad de amar:

los imperativos sociales y económicos de una sociedad dividida en clases exigían que la protagonista idealizada de un sinnúmero de novelas, trágicas hasta los topes, permaneciera fija en su esencia inmutable dentro del esquema tradicional, de herencia feudal, adoptado rápidamente por el sistema burgués que consideraba a la mujer como un objeto. La literatura, pues, no podía romper con los postulados de esta sociedad que ubicaba a la mujer siempre por encima o por debajo de los hombres, nunca a la par: por encima en la pureza y en la belleza casi extraterrena, claro está; por debajo en su posibilidad humana, en capacidad de incidir en la vida como no fuese a través de la pasión amorosa. Por ello la absolutización del pensamiento humano del amor es la única realización de la protagonista femenina romántica, sentimiento al cual se subordina toda la realidad circundante.⁸³

Sin interés de profundizar en estas ideas, podemos inferir que los rasgos que se resaltan de María son precisamente su belleza y su capacidad amatoria hacia Efraín. Por lo demás es un personaje supeditado a la guía masculina. Tomemos dos característicos ejemplos:

— ¡Nada! ¡ay, nada! ¿Por qué me lo preguntas así?... Yo no te culpo; pero ¿culparte de qué?... Ya no me quejo...

— ¿No lo acabas de hacer de una vez por todas?

—No, no... ¿Qué te dije, que? Yo soy una mujer ignorante que no sabe lo que dice
(p. 276)

⁸³ MIRTA YAÑEZ, “El amor funesto y la novela sentimental: el fenómeno de *María*” en *La narrativa del Romanticismo en Latinoamérica*, Letras Cubanas, La Habana, 1989, p. 113-114.

Sus ojos velados hacía rato, lucieron con toda su belleza y exclamó:
 — ¡Ay! no, ¡Dios mío! Yo lo he olvidado todo... ¿oyes bien? ¡todo! Pero con una condición —añadió después de una corta pausa.
 —La que quieras.
 —El día que yo haga o diga algo que te disguste, me lo dirás; y yo no volveré a hacerlo ni a decirlo. ¿No es muy fácil?
 —Y yo ¿no debo exigir de tu parte lo mismo?
 —No, porque yo no puedo aconsejarte a ti, ni saber siempre si lo que pienso es lo mejor; además, tú sabes lo que voy a decirte, antes de que te lo diga. (p. 110). [Las cursivas son mías]

No es de extrañar que bajo esta concepción María observe características típicas de sumisión, humildad y silencio. Si este personaje está asociado por un lado con la concepción cultural femenina, por el otro se relaciona con la tradición mariana que la eleva espiritualmente hablando, de ahí lo significativo del nombre “María”. Según la tradición romántica la mujer debía poseer las siguientes características:

El personaje central femenino, idealizado por el narrador, formaba parte de este ideal romántico, débil física y psíquicamente, ingenua, belleza fuera de lo común, atrocamente inculta, ya que no se estilaba la educación femenina, por aquella época. Tejer, hacer dulces y cuidar niños, esas eran sus enfáticas obligaciones y por las únicas que debía ser admirada.⁸⁴

Ahora bien, si María dada su condición social y sus cualidades espirituales se ubica por encima de Lucía, Tránsito y Salomé, resulta inferior en relación a Efraín, en tanto que no puede sobresalir más que en lo que se refiere a sus cualidades físicas, amatorias, altruistas, etcétera.

Por otra parte, es posible ver cierto afán por comparar a María con Salomé, lo que sólo sirve para enfatizar las cualidades elevadas de la protagonista. Sobre Salomé, dice Efraín: “pensaba que sobrada razón tenía mi compadre en celar a su hija, pues a cualquiera menos malicioso que él podía ocurrírsele que la cara de Salomé con sus lunares, y aquel talle y andar, y aquel seno, parecían cosa más que cierta, imaginada” (p. 262). Las descripciones de tono sensual aparecen sólo cuando la mirada de Efraín se posa sobre Salomé, ella no es de su condición social, y es por ello que puede permitirse hacerlo. A diferencia de María, quien pudorosa se cubre los brazos (“mas luego que me vio se apresuró a cubrirse los hombros con el pañolón”, p. 203) y los pies (“cayó de rodillas para ocultarme sus pies” p. 59), la sensual Salomé sencillamente no repara en

⁸⁴ YAÑEZ, *ibid.*, p. 138.

este tipo de obsesiones pudorosas, tenemos dos ejemplos: “Al ir y venir de *los desnudos y mórbidos brazos* sobre la piedra en que apoyaba la cintura, mostraba ésta toda su flexibilidad” (p. 261)⁸⁵, y “La belleza de los pies de Salomé, que la falda de pancho azul dejaba visibles hasta los tobillos” (p. 267).

Aunque ninguna de las dos se escapa de la mirada curiosa de Efraín, el deseo voluptuoso solamente puede venir por alguien como Salomé quien recordemos es “precisamente una mulata, hija de un pobrete como Custodio. La señorita María está reservada a las musas y la tumba”⁸⁶. De esta forma se establecen las diferencias, María “mujer tan pura y seductora” (p. 74) conjuga una belleza espiritual para ser admirada y cantada por el poeta, Salomé en cambio es de una belleza sensual, y esa distancia con la heroína permite que funcione como “objeto de placer” a quien el narrador hacendado puede mirar de modo distinto.

Así quedan establecidas las diferencias de clase, Salomé —y cualquiera que no pertenezca al elevado círculo aristocrático de Efraín— no puede transgredir su nivel social. Ella lo tiene bien presente, pues a pesar del trato amable de Efraín, las imposiciones sociales jamás permitirían una unión entre personajes tan diferentes. Aún cuando Salomé ama a Tiburcio, tiene que conformarse con no aspirar a lo que está fuera de su posición y casarse con uno igual a ella: *¿Y qué remedio? ¿por qué quiero a ese creído? Si yo fuera blanca, pero bien blanca; rica, pero bien rica... sí que lo querría a usted; ¿no?* (p. 268)⁸⁷.⁹⁰

El orden social no debe destruirse y este mundo armónico funciona en la medida en que cada quien acepta su lugar en la escala social.

⁸⁵ Cursivas mías.

⁸⁶ PRIETO, art. cit., p. 371.

⁸⁷ Cursivas mías.

LA EDUCACIÓN

Donde hay educación no hay distinción de clases.

CONFUCIO

La educación⁸⁸ siempre ha estado ligada a la clase social. Centrándonos en el contexto americano podemos ver que desde la colonia ha sido un privilegio de las clases acomodadas, pues únicamente los españoles adinerados, el clero, y un poco los criollos ricos, tenían la posibilidad económica y el consentimiento social para ello. Para los indígenas, en cambio, sólo existía “la escuela doctrinera”⁸⁹ donde además de su función evangelizadora era un medio para imponer las normas de conducta propias de la clase (cultura) dominante. En este momento el monopolio educativo estaba en manos exclusivas de la Iglesia, y no fue sino hasta mediados del siglo XIX que perdió gran parte de sus privilegios. Las clases bajas sufrían discriminación también en materia educativa, lo que se apreciaba aun en las obras “más piadosas” tal como se puede notar en el testamento de don Francisco Niño y Alvarado (1690):

He hallado será muy del agrado de Dios enseñar a leer, escribir y contar a los pobres... por un religioso de la Compañía de Jesús de esta ciudad... en la cual se han de enseñar y recibir hasta un número de doscientos pobres, si los hubiere... y con condición que en la dicha escuela no se pueden recibir indios, negros, mulatos y zambos, porque mi ánimo deliberado y voluntad expresa es excluirlos y que sólo se reciban los pobres españoles.⁹⁰

Para las clases poderosas la educación resultaba un derecho del que sólo podían gozar ellas mismas, los negros y los indígenas, en cambio, eran considerados seres inferiores. Esta ideología es entendible si pensamos que las clases oligárquicas son las que definen al “Estado”, y siendo que éste es creado por y para ellas, el aparato educativo responderá no a las necesidades e intereses del país, sino específicamente a las de las clases dominantes⁹¹. Es por ello que la educación se convirtió en un factor de diferenciación social, lo que aunado a otros aspectos como el color de la piel, ubicaban en palabras de Jorge Mora Forero “por un lado al pueblo, iletrado y

⁸⁸ Uso el término en el sentido de enseñanza, no de buenas maneras.

⁸⁹ JORGE MORA FORERO, *La enseñanza de la historia. Historia de la educación en Colombia*, ECOE, Bogotá-Colombia, 1988, p. 68.

⁹⁰ MORA, *ibid.*, p. 68.

⁹¹ VIRGILIO CRESPO C. y Beatriz Rodríguez de Crespo, *Iglesia, educación y lucha de clases en Colombia*, América Latina, Bogotá-Colombia, 1977, p. 18.

analfabeto, con una cultura vulgar no racionalizada, ni operativa, ligado a las más primitivas tareas productoras [...] y por otro lado una clase aristocrática...”⁹².

Con la independencia no cambio mucho la situación, ya que las clases privilegiadas, ahora básicamente criollas, mantuvieron el mismo sistema social y educativo. En todo caso fue la Iglesia la que al entrar en conflicto con el Estado perdió muchos de sus beneficios, pues además de la desamortización de sus bienes, separó lo religioso de la enseñanza.

A mediados del siglo XIX los países latinoamericanos se vieron presionados a desarrollar los elementos que permitieran su incorporación al capitalismo europeo. Colombia no era la excepción, en su caso el atraso industrial y las dificultades para el comercio agroexportador se complicaban por la carencia de vías de comunicación que contribuyeran a la óptima circulación de las mercancías y aun de un asequible sistema de impuestos que por lo costoso entorpecía las actividades comerciales.

En este contexto, y teniéndose como paradigma hegemónico a Inglaterra, muchos ideólogos predicaban que la educación era la clave para lograr la “civilización” de los países latinoamericanos⁹³. Siendo este un momento de conformación nacional, con las problemáticas que enfrentaba el país y las dificultades que suponía la incipiente integración al “desarrollo económico”, es de imaginar que la educación se convirtiera en un instrumento de dos caras: por un lado, de lucha contra la barbarie, donde lo europeo era el parámetro para identificar lo “civilizado”; y, por el otro, que proveyera de mano de obra mejor capacitada para hacer frente a las demandas del capitalismo.

En esta etapa se implementaron varias reformas en materia educativa con el fin de alfabetizar al pueblo y erradicar la “barbarie”. Y aunque se prohibió la discriminación racial en los asuntos educativos, las clases más desafortunadas, especialmente las del campo, tenían en su pobreza el principal obstáculo. Siguieron siendo las clases acomodadas y el clero quienes podían acceder a la educación, y esto evidenciaba la desigualdad social con las clases bajas, campesinos, artesanos, etcétera, cuya economía dependía del apoyo familiar. Y no es que la educación fuera la causa de ese clasismo, sino que era el medio de legitimar la ideología predominante y de reproducir las diferencias de clase. Aparte de lo ya mencionado, la educación implicaba también un beneficio para las clases necesitadas:

⁹² MORA, *op. cit.*, p. 71.

⁹³ TOMÁS VASCONI, “Ideología, lucha de clases y aparatos educativos en el desarrollo de América Latina” en Guillermo Labarca, *et. al.*, *La educación burguesa*, 6ª edición, Nueva Imagen, México, 1987, p. 179.

La educación resulta siempre, para las clases dominantes, un arma de doble filo. Por un lado, estas clases se ven obligadas —por motivos económicos a veces, ideológicos siempre— a extender la acción de los Aparatos Educativos hacia las clases y capas explotadas. Esta acción, es cierto, asegura por un lado una extensión de los valores, normas, creencias, etcétera, que justifican y legitiman la explotación, sobre las que descansa el sistema, y en este sentido contribuye a la reproducción de ese sistema, de esa explotación. Pero también, por otro, al otorgar a los explotados un conjunto de técnicas y de conocimientos —comenzando por la capacidad elemental para la lectura y la escritura— pone en sus manos instrumentos básicos para una ampliación de su conciencia de clase.⁹⁴

Resulta significativo para las clases bajas adquirir conciencia de su clase, puesto que la educación también significa tener acceso (movilidad) a puestos que antes sólo concernían a las clases pudientes, y en ese sentido es importante ver que, al menos teóricamente, los coloca en los mismos términos de igualdad social, tal como se expresa en la siguiente cita, que si bien alude al siglo XX, se puede extender a todo el proceso capitalista:

El sistema escolar asegura, para todos aquellos que están en contacto con él, un tratamiento semejante e igualdad de oportunidades [...] en la posibilidad hipotética para que todos los individuos de progresar en el sistema escolar independientemente de su origen de clase o grupo, en la preocupación de otorgar una base científica a las técnicas pedagógicas, en la modernización de los programas de estudio, facilitando así la comprensión e incorporación en el mundo moderno.⁹⁵

Casualmente Isaacs tuvo un papel importante en el campo de la educación. Primero, en 1875, fue nombrado Superintendente de Instrucción Pública, cargo que dejó al año siguiente por ir a pelear en la batalla de Los Chancos, reasumiéndolo en 1877. Ese mismo año dejó el puesto para fungir como Secretario de Gobierno hasta 1883, y a los pocos meses obtuvo el cargo de director de Instrucción Pública de Tolima (1883-1884)⁹⁶. Al parecer tras su consulado en Chile (1870-1872) Isaacs quedó profundamente emocionado del alto nivel educativo en Argentina y Chile, y en un artículo titulado “La Confederación Argentina” expresó su admiración al progreso que había alcanzado este país en los últimos diez años⁹⁷. El gobierno argentino había destinado una buena parte de sus ingresos a la creación de bibliotecas, escuelas, universidades, etcétera, y todas

⁹⁴ VASCONI, *ibid.*, p. 182.

⁹⁵ GUILLERMO LABARCA, “El sistema educacional. Ideología y superestructura” en G. Labarca, *et. al.*, *La Educación Burguesa*, *loc. cit.*, p. 70.

⁹⁶ MARÍA TERESA CRISTINA Z, “Isaacs y la educación. Desarrollo de los ideales del radicalismo” en *Revista Credencial Historia*, Bogotá-Colombia, edición 64, abril, 1995 [citado en abril del 2003]. Disponible en Internet: <http://www.lablaa.org/blaavirtual/credencial/abril1995/abril3.htm>.

⁹⁷ *Ibid.*

las provincias tenían escuelas diurnas y nocturnas gratuitas⁹⁸, y en el mismo documento él reitera su admiración hacia Domingo Faustino Sarmiento de quien expresa su merecimiento a ser llamado “el presidente maestro de escuela”⁹⁹. Estas experiencias influyeron a Isaacs, quien durante sus funciones como superintendente promovió la creación de Escuelas de Artes y Oficios, donde los aprendices podían obtener el grado de maestro; escuelas nocturnas para adultos, que tenían por objeto facilitar la educación tanto de artesanos y campesinos, como de sus hijos que usualmente asistían a sus padres en las labores del campo u otros oficios; y durante sus funciones se crearon más escuelas rurales y normales, estas últimas con el fin de mejorar la calidad y preparación de los futuros maestros. Su adhesión rotunda a la causa de liberal de que la educación debía ser laica y obligatoria le ganó los ataques de los conservadores y la Iglesia, quienes por el hecho de prohibir la religión lo acusaron de promulgar el ateísmo. La reacción del clero fue excomulgar a maestros, padres de familia y estudiantes de las escuelas oficiales, y hasta al mismo periódico *El Escolar*¹⁰⁰, en ese tiempo dirigido por Isaacs. Tristemente, bajo el gobierno de Caro, se decretó en el artículo 41 de la Constitución de 1886 que: “La educación pública será organizada y dirigida en concordancia con la religión católica”, y que seguiría siendo gratuita, pero no obligatoria¹⁰¹. En general se puede afirmar que Isaacs mostró una gran preocupación por mejorar el nivel educativo de los sectores pobres y en cuanto a reformar el sistema pedagógico¹⁰².

Volviendo a *María*, quizá sea de extrañar la falta de una propuesta educativa para las clases bajas o rurales. Sin intentar desvalorizar los meritos de Isaacs en este ámbito, hay que recordar que la novela pertenece a la etapa en que él aún era conservador, y no es que diga que por ello solamente debía ser contrario a las reformas educativas que promovió después o que sugiera por

⁹⁸ *Ibid.*

⁹⁹ *Ibid.*

¹⁰⁰ La influencia de estas medidas derivó en el rechazo de una parte de la sociedad, un ejemplo lo refiere Lisímaco, hijo mayor de Isaacs, que estudiaba en la Escuela Normal de Popayán, quien cuenta que un conocido de la familia había dicho “que prefería verlo muerto antes que alumno de la escuela execrable”, y que cuando había pedido a dos sacerdotes que lo confesaran estos se negaron a darle el sacramento a él y todos los demás estudiantes de la escuela. *Ibid.*

¹⁰¹ *Ibid.*

¹⁰² De entre los textos y documentos oficiales encontrados en *El Escolar* y *La Escuela* encuentra MARÍA TERESA CRISTINA un panorama general del programa instaurado por Isaacs quien, por mencionar algunos ejemplos, mostró un “constante interés por evaluar el nivel de preparación, la calidad de enseñanza que imparten los maestros, el nivel académico en los distintos cursos y asignaturas, el rendimiento en los alumnos, la deserción escolar y sus causas [...] la asignación de terrenos y la adecuación de la planta física para el funcionamiento de la escuela, el inventario de útiles escolares, el estudio del estado financiero, de la situación fiscal y de las rentas municipales, distritales o estatales destinadas a la financiación de la instrucción pública”. *Ibid.*

ello una arbitrariedad en su carácter, sino simplemente que en la novela está ausente el espíritu aguerrido e idealista —y que seguramente se iba gestando en él—, que caracterizó al escritor en su vida como liberal.

En *María* la educación es un asunto clasista, pues aún en el hipotético caso de que las clases bajas pudieran tener acceso a ella —asunto difícil en la realidad, y todavía más para los sectores rurales—, la desigualdad en este rubro seguramente volvería a apoyar las causas de la estratificación social que hemos venido resaltando. La educación también es un derecho al que curiosamente sólo los personajes masculinos tienen fácil acceso¹⁰³. Ya sabemos que todos los personajes de las clases bajas no estudian, mucho menos los negros y esclavos, el tema sólo emerge cuando se trata de las familias acomodadas, pues son sólo los hijos de “los ricos propietarios” los que pueden pagarse “el lujo” de asistir a un colegio. Ciertamente es Emigdio una excepción y tanto él como su padre consideran inútiles los estudios, ya que para ellos el hombre debe “educarse” con el trabajo duro y no en los colegios de la ciudad que echan a perder a los hombres (p. 105). Y aunque Carlos tiene acceso a la educación deja sus estudios inconclusos por el fastidio que dice le provocan “los estudios serios” (p. 129). Indiscutiblemente es Efraín el único que muestra la disposición y el gusto por terminar la carrera de medicina¹⁰⁴, situación que reitera la supremacía del personaje y otro tanto de su familia sobre los otros ricos hacendados. De esta manera, el espíritu jerarquizante de Efraín estaría apoyando que la falta de cultura de Carlos, como cuando está frente a la biblioteca de Efraín, o la de Emigdio, que se refleja en su rudeza, y en general el demérito hacia sus familias, sea un síntoma de su poca “ilustración”, y ni que decir de las clases pobres que sabemos no tienen, ya no digamos las facilidades, la conciencia de que la educación trae al menos una oportunidad y la posibilidad de movilidad social. He aquí que la educación les asegura a las familias pudientes su lugar dentro de la alta esfera social y funciona como un aspecto diferenciador que legitima la posición de Efraín y su familia al erigirse como un signo de status de clase.

¹⁰³ Respecto a los personajes femeninos ya se habló en el apartado correspondiente.

¹⁰⁴ Recordemos que en este punto aparecen las divergencias con el autor de *María* quien a causa de la ruina de su padre vio frustrado su sueño de ir a estudiar a Europa.

¿Y EL PROYECTO DE NACIÓN?

Papá sonrió. Me explicó que una nación es un conjunto de bienes; a los que los poseen les corresponde normalmente administrarlos.

SIMONE DE BEAUVOIR,
Memorias de una joven formal

Dentro de la sociedad mostrada —ya vimos que liderada por la familia de Efraín—, hay un modelo sociopolítico por parte del autor, estrictamente un proyecto de nación. ¿Pero cuáles son los intereses o motivaciones que lo llevan a presentar la sociedad mostrada en *María*?

Si intentamos determinar dentro de la ideología política de Isaacs una línea que nos permita definir los intereses involucrados en términos del proyecto social de la novela, veremos que no basta con adscribirlo como liberal o conservador, principalmente debido a que, como ya dijimos antes, pasó de ser militante conservador a aguerrido liberal, y más aún cuando notamos la cercanía entre la publicación de *María* (1867) y la proximidad de su abandono al conservadurismo e ingreso a las filas liberales en 1869.

De cualquier modo éstas son pistas que no podemos descartar, y que de alguna manera nos ayudan a establecer las intenciones de fondo que podrían motivarlo a presentar una sociedad como la que hemos venido analizando.

Sabemos que Jorge Isaacs nació en el seno de una familia de postura conservadora, permaneciendo como tal hasta 1869. Si hasta entonces se mantuvo conservador debemos pensar que no se debía sólo a que su familia también lo era, aunque como ya se dijo era común en la época que la filiación política se heredara, sino que habremos de suponer que tenía intereses que lo hacían identificarse dentro de esa línea política, y de igual manera, una vez tomadas las riendas del negocio familiar a causa de la muerte de su padre (1861), tuvo que ver en el otro partido nuevas ventajas que quizá antes no había previsto o requería. Para esto habría que observar que cuando Jorge Isaacs pasa de conservador a liberal (1869) ya había perdido las dos haciendas (1863-1864), —y quizás con ello sus intereses latifundistas—, y que es como liberal que inaugura su incursión de lleno dentro de la política, la educación, el periodismo, la etnología y la exploración científica. La hegemonía colombiana recaía en tres grupos predominantes: los grandes terratenientes, los ricos comerciantes y el clero.

Se ha venido repitiendo que las fronteras entre terratenientes y comerciantes suelen ser difusas, sin embargo, es lógico pensar que los intereses de unos y otros se definieran con su adhesión, digamos a *grosso modo*, por un partido político determinado; es por eso que hay una tendencia a vincular a la clase hacendada con el partido conservador, el cual tenía mucho que perder y veía por ello con más seguridad apoyar un régimen que mantuviera a salvo sus intereses, en vez de aventurarse con nuevos cambios que pudieran o no serles ventajosos. El clero, por su parte, se alineaba también con el conservadurismo por ser igualmente un grupo con grandes intereses terrígenos.

Los comerciantes tenían obviamente intenciones de ampliar el mercado, eliminar los gravámenes comerciales, mejorar las vías de comercio y acelerar la producción introduciendo mejoras en sus medios productores; todas ellas declaraciones liberales, y que por cierto no representaban verdaderas desventajas en el terrateniente. Pero lo más importante era que para esto proponían la libre circulación de la tierra y de la mano de obra¹⁰⁵, estos sí claros atentados¹⁰⁶ contra la clase hacendada tanto en su propiedad como en su principal medio de producción: el esclavismo.

El padre de Isaacs era dueño de dos haciendas en el Valle del Cauca: *La Rita* y *La Manuelita*, ésta última ingenio azucarero; así que como hacendado también tenía necesariamente algo de comerciante. Pero podemos ubicarlo del lado de la llamada “aristocracia territorial”, por usar las palabras de Salvador Camacho Roldán¹⁰⁷, porque además de tierras es de esperar que recurriera y empleara el principal medio de producción en las haciendas: la mano de obra esclava,

¹⁰⁵ TIRADO MEJÍA dice que el partido liberal proponía “transformar el Estado colonial que se había prolongado en el tiempo en un sentido más acuerdo con los intereses burgueses que [in]surgían. Era modificar la reglamentación particularista y sustituirla por leyes de carácter general; era convertir a la tierra en mercancía y darle libre circulación; sustituir un Estado omnipotente por otro que sin trabas permitiera comerciar, suprimir los monopolios y dejar que las actividades reglamentadas se movieran al impulso de la libre actividad; suprimir las jerarquías ante la ley y poder llamar ciudadano al desigual; suprimir el ejército de caudillos y de constituirlo por una milicia de ciudadanos pudientes y liberalizar la enseñanza, es decir, quitar a la Iglesia el privilegio de impartir saber. Una nación de ciudadanos libre requería sujetos libres, iguales para contratar y que se hicieran a la representación de que eran libres, de que ejercitaran su libre albedrío tanto cuando vendían como sujetos iguales los lotes de los resguardos recién repartidos, como cuando vendían libremente su fuerza de trabajo que otrora era esclava, o cuando al impulso del mercado ejercían la libertad de adquirir las mercancías que la fuerza de la necesidad les hacía consumir. Con el ejercicio de tanta libertad era incompatible la prolongación del Estado colonial igualitario y monopolizador.”. Art. cit., p. 337.

¹⁰⁶ Aunque por supuesto hubo quienes advirtieron ventajas para su enriquecimiento en el liberalismo y decidieron cambiar de partido. Pero en sus mismos ideales radican los errores del régimen liberal a partir de su hegemonía a mediados del siglo XIX, por ejemplo, al otorgar el Estado a las provincias la mayoría de sus rentas se cancelaba para sí mismo importantes recursos que podían ser usados, por decir en la construcción de vías que enlazaran a todas las provincias; o cuando se extiende el derecho de voto a “aquellas masas sin experiencia”, que fueron presas fáciles para ser manipuladas por “el cacique, el cura y el alcalde”. MOLINA, *op. cit.*, p. 46.

¹⁰⁷ Citado por MOLINA, *ibid.*, p. 40.

al igual que sucede en *María*. Y como rico propietario, tenía que ver en el conservadurismo una ventaja para sus intereses latifundistas.

Por supuesto había otros sectores, como los pequeños y medianos agricultores que veían en la inversión de medios de producción y el trabajo asalariado un mayor rendimiento y producción. O los manufactureros y artesanos quienes requerían mejores mercados y mano de obra capacitada.

El valle del Cauca (donde habitó Isaacs y se desarrolla *María*) era una región bastante aislada del comercio mundial dadas sus condiciones montañosas. Se le consideraba el principal foco esclavista hasta mediados del XIX. Y fue recurrente utilizar el pretexto de la abolición de la esclavitud como motivo de propaganda política, como en 1811 cuando el Ayuntamiento de Popayán ofreció la libertad los esclavos a cambio de que se alistaran en el ejército del gobierno¹⁰⁸, frente a esto, hacendados como Mosquera en la necesidad de instaurar normas más estrictas con los esclavos con el fin de acrecentar su dependencia con el terrateniente. La transición del esclavismo creó una tendencia en el Cauca hacia un ingenioso y cómodo tipo de producción que conservaba su aspecto feudal: la renta del trabajo¹⁰⁹. Este aparcerero o arrendatario debía pagar ya fuera con trabajo personal, con dinero o en especie. Traigamos a propósito el siguiente ejemplo de la hacienda “Pilamo” de los Arboleda donde se implantaba que:

“Como valor del terraje por el usufructo de cada parcela les estableció la cantidad de diez días cada mes invertidos en los trabajos de la hacienda, que por aquella época consistían en establecer cincuenta suertes de caña dulce y veinte de platanera, más quince mil árboles de cacao”.¹¹⁰

¹⁰⁸ Esto según palabras de Restrepo, quien a continuación agrega que la medida fue impolítica e impudente ya que en la región los esclavos eran tan numerosos y la declaración tenía que ocasionar motines. Citado por SALOMÓN KALMANOVITZ, “El Régimen agrario durante el siglo XIX”, en *Manual de Historia de Colombia*, ed. De J. G. Cobo Borda y Santiago Mutis Durán, Biblioteca Colombiana de Cultura, Colombia, 1979, t. II, p. 219.

¹⁰⁹ Otro ingenioso y mañoso caso es el de las haciendas de la Costa Atlántica donde se dio una especie de “aparcería especial en la cual se da «pasto por tierra». El campesino se compromete a tumbar cierta porción de «montaña» (terreno enmontado) y la usufructúa durante unos dos años, para después entregarla sembrada en pastos al terrateniente, cuyos gastos no pasaban de algunos [...] primeros víveres para el colono, las semillas de pasto y el inefable alambre de púas. [...] cuando se vence el período, se adentra aún más en el monte, a civilizar tierras para el propietario, que de esta manera se ahorra todos los costos que implicaba tumbar y rozar por medio de cuadrillar de temporales a jornal”. KALMANOVITZ, *ibid.*, p. 271.

¹¹⁰ *Ibid.*, p. 266.

Ya fueran más o menos las cargas “laborales”, lo que no se puede negar es la imperante ventaja que se arrimaban los propietarios y el consecuente abuso del arrendatario que lo consideraba su única fuente de “empleo”.

En las haciendas de *María* no vemos avances de tipo industrial, aún cuando Efraín mencione que al regresar a su casa su padre “había mejorado sus propiedades notablemente: una costosa y bella fábrica de azúcar” (p. 60). El padre de Isaacs sí había introducido mejoras, pero por lo que se sabe de Santiago Eder, comprador de las haciendas en 1864, éstas no pasarían de un trapiche movido por mulas, ya que Eder tuvo que importar: “un alambique de cobre al baño maría y un trapiche accionado por una rueda pelton, es decir hidráulico, que era mucho más productivo que los tradicionales trapiches movidos por mulas”¹¹¹.

Además de la poca “industrialización” en la novela, hay una preferencia por la mano de obra esclava como sistema productivo, y una extraña mezcla de “esclavos” con visos de ser “libertos”, ambos sin los horrores que la situación suponía; es decir, gente feliz y agradecida que trabaja sumisamente bajo el cobijo de un “amo benevolente”. Es interesante observar en la novela la preferencia por este tipo de “contrato”, que sirve para engrandecer las cualidades de la familia de Efraín, y un rechazo por la esclavitud en su forma cruel e inhumana. No importa que la novela se escriba mucho tiempo después de la abolición de la esclavitud, ella se inserta temporalmente en el periodo aún esclavista, lo cual nos lleva a pensar que este ámbito es el que Isaacs prefiere y con el cual erige un modelo de sociedad terrígena bajo una modalidad pacífica e idealizada.

Volviendo sobre la abolición de la esclavitud, hay que decir que ella representaba un problema para los terratenientes esclavistas pues además de golpear los intereses económicos de los esclavistas, tenía también consecuencias ideológicas:

Hacer igual el esclavo y el indio al amo, así fuera sólo ante la ley, era dar un golpe a las jerarquías en las que se basaba gran parte del poder político de la aristocracia criolla. Era dar un paso ideológico hacia la nueva sociedad de compradores y vendedores, «iguales» y «libres» en el mercado, en la que como posibilidad [...] el hasta entonces subordinado

¹¹¹ *Ibid.*, p. 270. Además se dice que Eder contribuyó a abrir el valle al capital extranjero al facilitar el camino de Buenaventura trayendo la industrialización al lugar, y convirtió a “La Manuelita” en el principal productor de azúcar, p. 271.

también pudiera mandar, gobernar, y por lo tanto ligar su destino a la conservación perpetua de las condiciones de dicha posibilidad.¹¹²

Ya para el mismo Bolívar había sido preocupante el ascenso de estas clases. En una carta dirigida a Santander declaraba que: “igualdad legal no es bastante por el espíritu que tiene el pueblo, que quiere que haya libertad absoluta, tanto en lo público como en lo doméstico, y después querrá la pardocracia, para exterminio después de la clase privilegiada”¹¹³, comentario que denota lo problemático que resultaba este asunto para gran parte de la clase aristocrática. A pesar de que ciertos grupos aprobaban la abolición y defendían otros derechos de los esclavos y otros grupos subalternos, el problema siguió siendo la negación para que ellos ocuparan puestos importantes.

Siguiendo esto, podemos relacionarlo con la imposibilidad [y por qué no una preocupación de Isaacs] de ascenso social de las clases “inferiores” como las de la novela; y con el trato “amistoso”, que mantiene a distancia a los personajes, también evita el mestizaje. Recordemos las causas que hacen imposible una unión entre Salomé y alguien como Efraín. Se trata de algo así como una política de “blanqueamiento” social y racial. Si las clases marginadas obtuvieron su libertad jurídica, socialmente mantuvieron su carácter de inferioridad: “fue tratada como inferior, abyecta y degradada, apta para ser manejada pero incapaz de decidir su propio destino”¹¹⁴. Siguiendo esta línea es lógico pensar que en *María* exista ese paternalismo del padre de Efraín hacia sus esclavos, si bien en el texto se intenta mostrar que era producto de una bondad inherente en la superioridad de la clase de la familia, el “paternalismo” no deja de tener una connotación negativa, de un “alguien” que necesita la “protección” de “otro”, o de quien tiene cierta dificultad para cuidarse a sí mismo, en este sentido no es una exageración traer la cita de Ignacio Gutiérrez Ponce, amigo de Rufino José Cuervo:

no convenía a los infelices negros la declaratoria de su completa libertad antes que tuviesen medios de aprovecharla a fin de que no se viesan súbitamente privados de sus amos y abandonados a sí propios, en su total ignorancia de las artes liberales.¹¹⁵

El “buen hablar” se incluye como elemento de las clases dominantes en la construcción nacional. Esta categoría se mantiene no sólo a un nivel cultural, sino también civilizador.

¹¹² TIRADO, art. cit., p. 342.

¹¹³ Cit. por KALMANOVITZ, art. cit., p. 220.

¹¹⁴ TIRADO, art. cit., p. 341.

¹¹⁵ *Ibid.*, p. 367.

Podemos verlo ya desde mediados del XIX, pero es principalmente en el último cuarto de siglo que esta idea toma auge. Rufino José Cuervo decía que “el buen hablar es una de las más claras señales de la gente culta y bien nacida”¹¹⁶. El mismo presidente Miguel Antonio Caro (presidente desde 1886), consideraba el lenguaje como elemento imprescindible para la conformación y el avance de una nación, pues “En la lengua se consigna el orden divino, la moral y por tanto la conducción de los Pueblos”¹¹⁷. La superioridad del lenguaje ligada con lo cultural, establece una categoría suprema. Isaacs también muestra en *María* la pulcritud del lenguaje como parte de las características de una clase acomodada que la distingue de las otras que no lo son, recordemos que sólo él, su familia y la de Carlos muestran una pureza del lenguaje, a diferencia de los demás personajes que usan coloquialismos. Y aquí no se trata precisamente de intereses económicos o políticos, sino de establecer en un sentido social, la supremacía de la clase dominante excluyendo más aún a los grupos que no ostentan el poder.

De acuerdo con esto tenemos que ese proyecto de nación implica la continuidad de un sistema social en beneficio del terrateniente, que incluye como norma el “buen hablar” como muestra de civilización y progreso.

Si a esto le añadimos las otras características “deseables” en la novela por tratarse de rasgos que posee únicamente la familia ejemplar de Efraín, como el ser todos unos aristócratas, su elegancia, buenas maneras, y su elevado nivel de cultura y espiritualidad, tenemos los elementos que configuran la base de esa nación imaginada, y al menos funcional en la novela, de una estructura social estrictamente jerárquica, y cuyas relaciones, aunque evidentemente desiguales, se reconcilian por medio de la actitud “bondadosa” pero clasista del grupo hegemónico.

¹¹⁶ PALACIOS, *op. cit.*, p. 40.

¹¹⁷ Citado por WALDE, *art. cit.*, p. 77.

CONCLUSIÓN

Resumiendo, es innegable que los personajes de la novela representan diversos estratos sociales, aunque obviando la ausencia del indígena¹¹⁸. Si para Marx las clases sociales tenían su origen en las relaciones de producción¹¹⁹, en *María* habría que particularizar que obedece a motivos, además de económicos, culturales, espirituales y raciales. Teniéndose como principal ordenador los beneficios de clase y la actitud “benévola” de la familia hegemónica se logra preservar la estratificación debido al estatismo social. A su vez, dentro de los aparentes intentos de “igualdad” se vislumbra siempre una actitud distanciadora que mantiene y preserva los beneficios de clase a través del esquema de valores ya analizado, esto es, que al tiempo que el narrador intenta mostrarnos una actitud “bondadosa” en su familia y una ruptura de las barreras sociales, eleva su peldaño para conservar la suficiente distancia clasista. Entonces, la actitud del narrador Efraín-Isaacs ubica a la familia en la cúspide de la hegemonía social, que como se ha visto resulta en beneficio de una clase aristocrática, latifundista (esclavista), y que se adhiere a la conciencia “machista” predominante en la época.

¹¹⁸ Lo que podría dar lugar a muchas preguntas que no es preciso responder aquí.

¹¹⁹ Véase Karl Marx, *El capital*.

BIBLIOGRAFÍA

- Achugar, Hugo. "Parnasos fundacionales, letra, nación y Estado en el siglo XIX", en *Revista Iberoamericana*, Rutgers University, núms. 178-179, vol. LXIII, enero-junio, 1997, pp. 13-31. [Número dedicado al Siglo XIX: Fundación y fronteras de la ciudadanía].
- Anderson Imbert, Enrique. "Isaacs y su romántica María" en *Estudios sobre Escritores de América*, Raigal, Buenos Aires, 1954, pp. 81-107.
- Arciniegas, Germán. *Genio y figura de Jorge Isaacs*, Universidad de Buenos Aires, Argentina, 1967 (Colección Genio y Figura).
- Ayala, Mónica. "María: ¿una trágica novela histórica?", *IX Congreso de la asociación de colombianistas. Colombia en el contexto latinoamericano*, Santafe de Bogotá, 1995, pp. 219-228.
- Carilla, Emilio. *El Romanticismo en la América Hispánica*, 3ª edición revisada y aumentada, Gredos, Madrid, 1975, 2 tomos (Biblioteca Románica Hispánica, Estudios y Ensayos, 40).
- Crespo C., Virgilio y Beatriz Rodríguez de Crespo. *Iglesia, educación y lucha de clases en Colombia*, América Latina, Bogotá-Colombia, 1977.
- Gonzáles Stephan, Beatriz. *Entre caballeros y bandidos: Fundación del imaginario nacional. (El caso de Eduardo Blanco y la Venezuela del siglo XIX)*, Colegio de México, [papel de trabajo-facsímil].
- Isaacs, Jorge. "Cartas", Vicente Pérez Silva (sel. y notas), "La autobiografía en la literatura colombiana", en *Noticias Culturales*, Instituto Caro y Cuervo, Bogotá-Colombia, núm. 137, 1º de junio de 1972, pp. 16-19.
- . *María*, ed. de Donald McGrady, 1ª reimpresión de la 1ª edición, Rei, México, 1993.
- Kalmanovitz, Salomón. "El Régimen agrario durante el siglo XIX", en *Manual de Historia de Colombia*, ed. de J. G. Cobo Borda y Santiago Mutis Durán, Biblioteca Colombiana de Cultura, Colombia, 1979, t. II, pp. 209-324.
- Labarca, Guillermo. "El sistema educacional. Ideología y superestructura" en G. Labarca *et. al.*, *La educación burguesa*, 6ª edición, Nueva Imagen, México, 1987.

- María Teresa Cristina Z. “Isaacs y la educación. Desarrollo de los ideales del radicalismo” en *Revista Credencial Historia*, Bogotá-Colombia, edición 64, abril, 1995 [citado en abril del 2003]. Disponible en Internet: <http://www.lablaa.org/blaavirtual/credencial/abril1995/abril3.htm>.
- Menton, Seymour. “La estructura dualística de *María*”, *Boletín del Instituto Caro y Cuervo*, Bogotá, XXV, 1970, pp. 251-277.
- Meyer-Minnelman, Klaus. “Mundo novelesco, efecto de lo real y literariedad en *María* de Jorge Isaacs”, en Beatriz González Stephan, *et. al.* (comp.), *Esplendores y miserias del siglo XIX*, 1ª ed., Monte Ávila, Venezuela, 1995, pp. 393-409.
- Millán de Benavides, Carmen. “Leyendo al pie de la página: Africanos y afrocolombianos en *María*”, *IX Congreso de la asociación de colombianistas, Colombia en el contexto latinoamericano*, Santafe de Bogotá, 1995, pp. 259-274.
- Molina, Gerardo. *Las ideas liberales en Colombia 1849-1914*, 7ª edición, Tercer Mundo, Bogotá, 1979.
- Mora Forero, Jorge. *La enseñanza de la historia. Historia de la educación en Colombia*, ECOE, Bogotá-Colombia, 1988.
- Palacios, Marco. *Estado y clases sociales en Colombia*, Procultura, Bogotá-Colombia, 1986 (Serie Breve, Nueva Biblioteca Colombiana de Cultura).
- Pérus, Françoise. “*María* o la negación del espacio novelesco”, en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, El Colegio de México, México, núm. 2, 1987, Tomo XXXV, pp. 721-751.
- Prieto, Abel Enrique. “Valoración y clases en la novela *María*” en *La novela Romántica Latinoamericana*, Casa de las Américas, La Habana, 1978 (Serie Valoración múltiple), pp. 357-372.
- Rincón, Víctor M. *Manual de Historia política y social de Colombia*, Mundo Andino, Bogotá-Colombia, 1973
- Rodríguez, Juan Carlos. “La estructura melodramática, La «*María*» de Isaacs y la novela sentimental hispanoamericana” en *Introducción al estudio de la literatura hispanoamericana. Las literaturas criollas de la Independencia a la Revolución*, Akal, Madrid, 1987, pp. 128-148.
- Rodríguez Morales, Ricardo. “Jorge Isaacs (1837-1895), mucho más que un novelista, en *Revista Credencial Historia*, Bogotá-Colombia, edición 64, abril, 1995 [citado en abril del 2003]. Disponible en Internet: <http://www.lablaa.org/blaavirtual/credencial/hji.htm>.

- Safford, Frank. *Aspectos del siglo XIX en Colombia*, Hombre Nuevo, Colombia, 1977.
- Sánchez Gómez, Gonzalo. *Guerra y política en la sociedad colombiana*, El Áncora Editores, Bogotá, 1991.
- Schwarz, Roberto. “Las ideas fuera de lugar” en *Absurdo Brasil: Polémicas en la cultura brasileña*, sel., trad. y pról. de Adriana Amante y Florencia Garramuño, Buenos Aires, 2000, pp. 45-60.
- Sommer, Doris. “El Mal de *María*: (Con)fusión en un romance nacional” en *Modern Language Notes*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore, Maryland, núm. 2, vol. 104, marzo, 1989, pp. 439-474.
- Tirado Mejía, Álvaro. “El Estado y la política en el siglo XIX” en *Manual de Historia de Colombia*, ed. de J. G. Cobo Borda y Santiago Mutis Durán, Biblioteca Colombiana de Cultura, Colombia, 1979, t. II, pp. 325-384.
- Valencia Llano, Alonso. “La agitada vida política de Jorge Isaacs” en *Revista Credencial Historia*, Bogotá-Colombia, edición 64, abril, 1995, [citado en febrero del 2003]. Disponible en Internet: <http://www.lablaa.org/blaavirtual/credencial/hji1.htm>.
- Vasconi, Tomás. “Ideología, lucha de clases y aparatos educativos en el desarrollo de América Latina” en Guillermo Labarca, *et. al.*, *La educación burguesa*, 6ª edición, Nueva Imagen, México, 1987.
- Walde Uribe, Erna von der. “Limpia, fija y da esplendor: el letrado y la letra en Colombia a fines del siglo XIX” en *Revista Iberoamericana*, Rutgers University, núms. 178-179, vol. LXIII, enero-junio, 1997, pp. 71-83. [Número dedicado al Siglo XIX: Fundación y fronteras de la ciudadanía].
- Yáñez, Mirta. “El amor funesto y la novela sentimental: el fenómeno de *María*”, en *La narrativa del Romanticismo en Latinoamérica*, Letras Cubanas, La Habana, 1989, pp. 113-149.